

SUSCRICION
EN
PROVINCIAS.
UN MES. . . 40 RS.
TRES MESES. 24
SEIS MESES. 48.

30 por 100 de indemnización en obras,
ó una rebaja de 10 y 15
por 100 en efectivo.

LA SEMANA

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

SUSCRICION
EN
MADRID.
UN MES. . . 8 RS.
TRES MESES. 20
SEIS MESES. 40

30 por 100 de indemnización en obras,
ó una rebaja de 10 y 15
por 100 en efectivo.

AL PUBLICO.

Al terminar el primer año de la publicación de nuestro periódico, hemos creído llegado el momento de realizar las variaciones y mejoras que la experiencia y los mismos suscritores nos han señalado como precisas. El prospecto que se está repartiendo da una idea completa del nuevo plan que seguiremos, reducido á disminuir el volumen de los números y limitar á una mitad el precio de suscripción; á regalar una preciosa obra de viages, completamente inédita, impresa con todo lujo y con cuarenta láminas aparte del texto á todos los que se suscriban por un año antes del 31 de diciembre, á dar mas variedad á la redacción, no insertando ni artículos ni novelas demasiado largas, y á mejorar la parte tipográfica empleando caracteres mas claros y elegantes, y sobre todo, buenos grabados nuevos en su mayor parte, y de ningún modo usados anteriormente en otras obras del establecimiento.

Los suscritores al MUSEO DE LAS FAMILIAS que quieran recibir LA SEMANA disfrutan de una rebaja tan considerable, que tomando los dos periódicos á un tiempo solo cuesta 60 rs. al año en Madrid y 80 en provincia; es decir, una cuarta parte menos de lo que antes costaba LA SEMANA sola. Para disfrutar de esta rebaja es condicion precisa pagar de una vez, y por todo un año, la suscripción de ambos periódicos; pero como el objeto del establecimiento no es realizar anticipos, los suscritores á LA SEMANA que tomen el MUSEO y los del MUSEO que tomen LA SEMANA, no están obligados á pagar mas que la mitad del importe de la suscripción en el acto y la otra mitad á fin de diciembre. Esta escepcion se entiende solo con los actuales suscritores de uno y otro periódico, de ninguna manera con los que se suscriban de nuevo.

La necesidad de concluir todos los artículos pendientes para que no pasasen á otro tomo, y la circunstancia de haber sido algunos de ellos demasiado largos, es la causa de que los últimos números de LA SEMANA no tengan toda la variedad que deberian; pero ya hemos dicho que este inconveniente desaparecerá en lo sucesivo.

A los actuales suscritores de LA SEMANA que tengan hecho algun anticipo, se les tomará éste en cuenta si quieren suscribirse por un año para disfrutar del regalo, de manera que solo pagarán la diferencia. Los que hallándose en este caso no quieran completar el pago de un año, recibirán el periódico doble tiempo del que lo hubieran recibido. Por ejemplo: el que tenga adelantado un mes desde 1.º de noviembre lo recibirá dos, el que dos cuatro y así sucesivamente.

La obra que se ofrece como regalo á los suscritores de LA SEMANA está ya impresa y encuadernada, de modo que se entrega en el acto á los que se suscriben en Madrid y se remite á provincia inmediatamente y gratis por el mismo conducto que se hace la suscripción. Es un tomo en 8.º mayor, tan elegante y (permítasenos decirlo) tan bueno en su esencia y en su forma, que por sí solo vale mas de lo que se exige por la suscripción. A los actuales suscritores de Madrid que no quieran molestarse en ir al despacho, se les llevará á su casa con el recibo de renovación.

CARACTERES Y NARRACIONES.

LA ACTRIZ.

VII.

Así, pues, toda la felicidad de la víspera se había desvanecido: aquellas apasionadas caricias que derretían su corazón, aquellos besos ardientes que hacían circular fuego por sus venas.... ¡todo era mentira, fin!

gimiento! ¡ni siquiera uno de aquellos raptos amorosos que le habían encumbrado al cielo de la felicidad era verdadero! Había tenido en sus brazos una criatura insensible, interesada, dueña de sí misma que calculaba friamente el precio de las caricias con que lo embriagaba..... No, jamás, murmuró, jamás volveré á verla. Pero no tardó en presentarse á su imaginación las adoradas y apasionadas facciones de su idolo tal como las había visto en aquellas horas de felicidad.... un poder irresistible le impelió hacia el objeto de su amor: algunos momentos despues de la visita de Lionel ya se dirigía nuestro amartelado á la casa de miss Jane.

Cuando entró en su gabinete estaba recostada con abandono en un divan, pálidas las mejillas, pero los ojos llenos de animación y los labios mas encendidos que el ébano, vestía una ancha bata de terciopelo negro que dejaba ver los voluptuosos movimientos y suaves contornos de su agraciado cuerpo. A largó la mano á William..... es menester advertir que tenía una de esas manos de muger, pequeñas, torneadas por las gracias, y animadas por un fluido magnético y misterioso, que no pueden ponerse en contacto con las vuestras sin que os hagan estremecer de una manera desconocida. William imprimió en ella un ardiente beso, pero se apartó en seguida, y pasando la suya por su abrasada frente se quedó contemplándola con aire melancólico mezclado de temor y abatimiento.

—¿Qué tenéis, William, qué miradas son esas, qué es lo que os sucede?

—Jane, contestó este, ¿por qué no me llamais marqués de Colbridge? ¿Acaso no sabeis desde anoche que lo soy?

Miss Jane se tapó el rostro con ambas manos, y por unos momentos guardó silencio: William la miraba con ansiedad: al fin se levanta: sus mejillas con señales de haber corrido amargas lágrimas, aunque sus ojos estaban enjutos: acababa de cubrir sus facciones con la terrible y verdadera mascarilla trágica: en pie, delante de William, y con el acento que espresaba el temor y estremecimiento secreto que tan bien le habían enseñado á poner en juego la naturaleza y el arte.

—¡Venís ahora, exclamó, á echarme en cara el amor violento que os manifesté anoche... tenéis razón! ¡será para mí un recuerdo el mas vergonzoso, una debilidad que lloraré toda mi vida! Yo que en medio de esta vida de desarreglo á que nos arrastra el arte esperaba al menos pura é intacta la grandeza de un corazón que á nadie había pertenecido: yo que me lisonjeara de ser insensible á los atractivos del amor, he amado á un hombre que debía despreciarme algunas horas despues de haberle manifestado la pasión mas sincera y desinteresada.... Si, es cierto, ahora recuerdo que anoche cuando entrásteis en mi aposento ya sabia que erais marqués de Colbridge, me lo había anunciado el duque de Nortfort. ¿No es así? Luego que os presentásteis á mi vista con ese continente seductor, con ese poder mágico é irresistible que ha mas de un mes es el tormento de mi corazón, en el mismo momento me ha ocurrido la idea de que erais marqués... ¡ah! vos sabeis lo que os dije quedito cuando estábamos rodeados de gente importuna; no habreis olvidado la declaración mezclada con lágrimas que se escapó de mi pecho cuando estuvimos los dos solos: toda mi vida, toda mi felicidad estaba cifrada en aquel momento en las palabras que arrebatada á mi corazón vuestra presencia: todo se había borrado de mi memoria, para mí no había recuerdos, todo el universo, todos los triunfos, todas las grandezas habían desaparecido, vos solo erais para mí lo pasado, el presente y el porvenir. Pero ¡ah! ¡ahora daría si fuera mia toda la Inglaterra por poder recoger todas las palabras que proferí esta noche que han mancillado y llenado de amargura mi corazón.... Si, ahora me acuerdo que sabia erais marqués de Colbridge, que erais poderoso.... ¡he tratado de hacer una especulación! ¿no es así? He querido hacerle creer que lo amaba, que lo idolatraba.... ¡pues bien, señor marqués de Colbridge, desde ahora os declaro, lo digo en vuestra presencia, que no os amo, que no os estimo, y que deseo no volver á veros jamás!

—Jane, exclamó William con acento conpungido, confieso que soy un miserable, que merezco vuestro aborrecimiento, vuestra cólera y vuestro desprecio, pero creedme, en este momento soy el mas digno de compasión! ¡vedme arrepentido, arrodillado, postrado á vuestros pies, arastrándome por el polvo ¡imploro vuestro perdón! ¡ah! ¡padezco horriblemente! ¡si supierais cuanto os amaba, cuanto os amo en este instante, y cuanto soy capaz de amaros!... vos sois mi único pensamiento, mi vida entera: el dolor, la

terrible, pero injusta desesperación que se ha apoderado de mi alma esta mañana, me lo prueban suficientemente. Cuando el lord Nortfort vino á anunciarme una noticia que á cualquiera otro hubiese trastornado el juicio, yo solo he pensado en vos, en mi amor: de repente una odiosa sospecha ha herido mi mente, y entonces me he considerado mas desgraciado rodeado de montones de oro que el ser mas infeliz cubierto de andrajos: sin vos todo me disgusta, me fastidia, me mata: Hacedis dicho que me amábais, que siempre me teniais presente en vuestra memoria.... ¡ah! ¡yo sí que era el que os amaba, que siempre os tenía impresa en mi corazón! Cuando estaba ausente, lejos de vuestra adorada presencia, ¡si supierais cuan mezquinas me parecían las sublimes obras de la naturaleza! los mas soberbios panoramas, los paisajes mas risueños aparecían á mi vista sombríos y cubiertos de luto, y eso que entonces ni aun remotamente podia sospechar que era amado.... ¡ah! Jane, si tenéis piedad de uno que os pertenece, que se extinguirá sin vos.... haced un esfuerzo.... volvedme vuestro amor; ahora conozco que si volviere á entrar en el paraíso del que me destierra vuestra cólera os adoraria con la mas ciega idolatría, no habria en mí una idea, un pensamiento que no fuese de amor y sumisión á vuestra voluntad.

Jane se concolió, se dejó vencer, y como sucede siempre en estos casos, á los arrebatos de cólera y desesperación fueron sucediéndose las dulces sensaciones de ternura y felicidad, despues siguieron las risitas, las satisfacciones, mútuas confianzas y emociones, que son el mas divino pasatiempo de los amantes. Jane contó á William la causa por qué había roto con Damville.

El pobre lord la aburría hacia ya mucho tiempo con su carácter, y en especial por su gusto por la literatura. Cierta mañana la había leído una pieza en cinco actos titulada *Elisabeth*, exigiéndola que había de agotar en ella todo su talento. Cuando salió William de la capital se estaba ensayando en *Convent Garden* á toda prisa, pero reservadamente; quería el autor sorprender á todos, amigos y enemigos, y colocarse de repente á la altura de Shakspeare, pero le faltó la paciencia, y una semana antes de la primera representación no dejó tertulia ni salon en que no la leyese. Desgraciadamente lord Damville se había grangeado el desprecio de las gentes sensatas: se le consideraba sin el necesario talento para concebir y llevar á cabo una obra de esta clase, y aunque esperaban que miss Jane haria milagros, tambien conocian que el poder humano tiene sus límites aun para las actrices y el genio. Así sucedió; hacia ocho dias que se había representado la *Elisabeth* de Damville, y jamás drama alguno había sufrido caída mas completa: la mayoría del público, compuesta de gentes bien educadas ó amigos del autor no chicheaban ni silbaban, pero guardaban un tético silencio, permitiéndose únicamente repetidos y no disimulados bostezos, que las señoras ocultaban con sus abanicos ó ramilletes. Pero un puñado de hombres sucios y andrajosos que ocupaban un sitio oscuro manifestaban de vez en cuando su desaprobación con demostraciones inequívocas de su mal humor. Caído el telon pidieron á voces y estrepitosos gritos que se presentase el autor. Todos los que estaban entre bastidores aconsejaban al lord que no cometiese semejante desatino: un poeta dramático jamás cree en su derrota; en tanto que quede un solo espectador aun le queda esperanza de que puede cambiar la suerte: Damville imaginaba que su nombre tal vez conjuraria la tempestad y sería acogido con entusiasmo, y se hallaba indeciso y casi resignado á negar la paternidad á su predilecta *Elisabeth*, cuando se presenta Nortfort seguido de otros amigos y con la libertad de un joven calavera: «Amigo mio, le dice, te hablo con franqueza, tu drama es detestable, el público ha sido justo.» El derrotado autor no se atrevia á comparecer delante de miss Jane, era la vez primera que por su causa recibia la grande actriz un bochorno tan notable en su carrera cómica.

—A fé mia, continuó diciendo esta á William, que escuchaba con la mayor complacencia, fui inexorable. Cuando lo vi en pie, avergonzado y lleno de confusión, sin atreverse á pasar de la puerta de mi cuarto: «¡Ah! milord, exclamé con amargura, debíais haberme sacrificado á las musas, ó bien haberlas olvidado por mi amor.» Aquella noche ya no me acompañó á mi casa: á la mañana siguiente me escribió diciendo que tanto el público como yo habíamos sido harto crueles é injustos, que iba á dejar la Inglaterra por algun tiempo; que Shakspeare no había sido admirado sino despues de su muerte. Yo le contesté que tal vez la posteridad me acusaría y calificaria de ignorante por

no haber conocido el mérito sobresaliente de su ingenio, pero que estaba decidida á sufrir esta reconven- cion: que en efecto haria bien en abandonar la Ingla- terra porque los viajes suelen curar las pasiones, y que seria para él la mayor felicidad si podia curarse de la suya por la literatura. Efectivamente marchó; he quedado libre, y te amo, concluyó diciendo Jane, y dando un estrecho abrazo á William.

—¿Pero cómo has podido sufrir por tanto tiempo á semejante hombre?

—¡Dios mio! no le amaba, jamás lo habia amado, to- dos los hombres me parecian tontos, despreciables; pe- ro este tenia un carácter servicial, complaciente; hacia cuanto le mandaba, escribia mis cartas, y me dispen- saba la gracia de disertar largamente sobre el arte dramático, mientras que yo, cómodamente recostada, me entregaba á algun dulce recuerdo ó dormitaba.

—Jane, suspiró William con acento sombrío, pero apasionado, dando un beso en la frente á la actriz: ¿cuánto daria por poder borrar, hacer desaparecer todos los objetos que han ocupado tu pecho antes de cono- cerme á mí!

—¡Ay de mí contestó esta con amargura; soy la mas miserable de todas las mugeres; mi vida ha sido de gitana en toda la estension de la palabra; el primer fruto que he llevado á mi boca fué el del árbol vedado; no sé qué depravadas pasiones, qué caprichos me han arrastrado hácia el mal: si deseas oír mis fal- tas, sé que te estremecerás á pesar de ser hombre.

Después de este preámbulo pintado con tan ne- gros colores insistiendo en el mismo tema, hizo una minuciosa reseña de todas sus relaciones y amistades que habia tenido hasta entonces, tanto con hombres como con mugeres; pero bajo un punto de vista tan desinteresado, tan puro é inocente, que á creer su confesion debia tenerse por una vestal y ponerla en un altar.

Cuando hubo concluido el relato de sus andanzas, el pobre hombre respiró alegremente; creia estrechar en sus brazos á la misma inocencia. «Es evidente, decia para sí, que ningún mortal ha obtenido sus favo- res antes de Damville, y aun estoy seguro, podré ju- rar los haya logrado él.»

VIII.

El hecho es que William amaba con un frenesí des- conocido: su vida se deslizaba insensiblemente junto á su querida en medio de placeres, halagos y éxtasis amorosos, envuelto en una atmósfera de deleite, en la que se consumen poco á poco y al fin parecen las mas nobles existencias. No obstante, su obcecamiento, William, cuyo espíritu era verdaderamente elevado y su corazón sincero y noble no dejaba de conocer las faltas de que adolecia la que era su idolo: miss Jane era un puro misterio: cuando declamaba los versos de Shakespeare habia en su voz mas poesía que en el pensamiento mismo del autor: el modo hechicero é ingenioso con que se espesaba hablando de la pintura, anunciaba una inteligencia mas íntima y sublime que la que habian tenido los grandes maestros de to- das las escuelas; y sin embargo, jamás salia de su boca un pensamiento que fuese nuevo y original.

Un día la llevó William á la célebre galeria de pin- turas del lord Bentinck, y volvió aburrido y despechado: no habia advertido en su querida ninguno de esos rap- tos entusiastas que arrancan al corazón las obras maestras del arte y la belleza ideal de las creaciones: las tablas del teatro eran al parecer las únicas que la animaban: eran para ella lo que la tripode para la Pito- isa: cuando no las pisaba desaparecia de su alma la grandeza y energía. Habia no obstante un mundo en que reinaba como en la escena, en el que desplegaba toda su fogsidad y gracias irresistibles: el de la pa- sion. en este mundo ejercia todo su poder, ipero de qué manera tan tiránica, tan perversa y mortifera! se armaba con todos los atractivos que sugiere el genio, con esa série de caprichos desenfrenados y egoistas que solo se encuentran en el alma de una cortesana.

Cierta mañana se paseaban William y su querida cuando esta percibió á Lionel que salia de una fronda- sa calle de árboles montado en un brioso corcel an- daluz que manejaba con inimitable gracia y destreza: su bizarro y noble continente traian á la memoria á los paladines de los pasados siglos del jóven duque se habia propuesto imitar. Pasó cerca del carruaje en que miss Jane recostada negligentemente miraba con cierta languidez, mas de saciedad que de amor, á William que no apartaba los ojos de los de su amada. El gine- te tuvo la delicadeza de no hablarla, contentándose con saludarla al tiempo de pasar con una inclinacion de cabeza, con una gracia muy particular que le era na- tural.

Luego que se hubo alejado el bello jóven, miss Jane quedó sumergida en un profundo embelesamien- to y entregada á recuerdos que no podia desechar: aquel mismo Lionel que mil veces habia visto á su lado, y mil veces le habia parecido su conversacion insípida y fastidiosa, en aquel momento acababa de presentarse á su imaginacion bajo un aspecto enteramente nuevo y agradable.

Mucho rato pasó sin que pudiese William arran- carle una sola palabra: por último, llegó el momento en que se disiparon los vapores que ofuscaban su men- te: las facciones y semblante de la actriz recobraron toda su energía, su espíritu, todo su entusiasmo, pa-

recia que todo su cariño se reconcentraba en William; pero era que habia tomado su resolucion: acababa de inventar un medio el mas ingenioso y sencillo para desembarazarse de él por todo un día. Se dirige de repente á Colbridge y le dice:

—¡Ah! ¡no me mireis de esa manera, William, me dais miedo!

Habia en el acento sosegado y sonoro con que pro- nunció estas palabras un no sé qué de solemne y ater- rador que petrificó á su amante.

—Por amor de Dios, exclamó William, ¿qué tienes, Jane? ¿qué aciaga fantasia hiere tu imaginacion? ¡qué espectro te se aparece que se oculta á mi vista!

—Repito que me dais miedo, me amais demasiado, y yo.... escuchad, yo soy una miserable que no sé si os amo, ni aun sé si os he amado nunca.

—Jane, ¡qué cruces, qué alarmantes palabras pro- fieren tus labios! me espones á que me desespero.... acuérdate....

—De nada me acuerdo: ¡qué quereis! ya os habia dicho que todo mi ser es un tejido de secretos que no comprendo, ni jamás he tratado de comprender: nunca he gozado los dias puros é inocentes de la infancia, ni la turbulenta y apasionada época juvenil, toda mi vida ha sido un día de estío tempestuoso y abrasador: el que me ama es un necio, buscar en mi corazón la ternura y el cariño es querer encontrar flores en las arenas del desierto ó un palacio en medio del Océano: oid, William, abandonadme, alejaos de mí, pero no me maldigais, porque si lo haceis será un mal para vos y á mí no me causará el menor disgusto: procurad pues, no maldecidme, pero sí olvidarme.

Cuantas razones las mas ardientes y desesperadas alegó William fueron inútiles: Miss Jane se mantuvo inflexible: no queria volver á verlo, tan estremado amor la espantaba, la fatigaba.

Tales propósitos despiertan por último en el alma de Colbridge los sentimientos del orgullo ultrajado: trastornada su imaginacion, sangrando su corazón por mil heridas.

—Os abandono, dice con resolucion y entereza á la actriz, os dejo, voy á visitar mi castillo de Colbridge que todavia no he visto; ¡tal vez la vista de los bos- ques, el aire del campo y la serenidad del cielo me harán olvidar la pesada y pestilencial atmósfera en que he vivido!

No bien habia vuelto la espalda el despechado William cuando miss Jane escribia al lord Nortforth: «Me he desembarazado del marqués de Colbridge por todo un día; estoy cansada de sus caricias, tan apasio- nadas como fastidiosas; si os sentis dispuesto á amarme, como yo os amo, es decir, con alegría y modera- cion, venid á verme inmediatamente.»

Y en seguida escribia otro billete dirigido á lord Colbridge en su castillo, mandando á un criado lo pu- siera aquella misma noche en el correo para que llega- se por la mañana del día siguiente al castillo situado á algunas leguas de Londres. «Te adoro, William, le decia, siempre te he amado mas que á mi vida; jamás he adorado si no á ti, olvida las palabras insensatas que dije ayer, no estaba en mi juicio.... vuelve prontamente.»

Estaba William en el patio del castillo disponiéndose para montar á caballo cuando recibió la misiva: la mañana estaba hermosísima, un brillante sol de otoño iluminaba el paisaje, la vista desde el sitio en que en- tonces se encontraba, descubria una inmensa esten- sion, no terminada sino por el horizonte; y los campos cubiertos de verdura, cortados por setos y quebradas convidaban al cuerpo y al ánimo á disfrutar de un largo paseo matutino: el trocito de papel que tenia en la mano lo llamaba á sepultarse en la estrechez de una vida incómoda, mal sana, que su razon, y aun su honor mismo le aconsejaban abandonar, mas él no titubea un instante, al cabo de algunas horas ya estaba en Londres, no pudiendo creer que existiesen en el uni- verso otras bellezas que no fuesen los hechizos de su Jane.

IX.

William habia servido de testigo en un lance de honor á uno de esos hombres que tan frecuentemente se encuentran entre los oficiales del ejército inglés que á una grande firmeza de carácter reunen cualida- des morales de orden superior y elevado rango. El co- ronel Scander habia inspirado á Colbridge tan profun- da estimacion y tan vivas simpatías, que en las horas que no podia dedicar el objeto de su amor, toda su dicha la cifraba en pasarlas en su compañía. Cierta mañana muy temprano se presentó el coronel en su casa, y he aquí poco mas ó menos lo que dijo á William.

—Mi querido marqués, hay en la sociedad ciertos papeles que en toda época, en toda posicion es muy do- loroso representar, pero que á un sugeto de vuestra clase debe causar una humillacion y dolor muy particular. Imposible es que ignoreis que miss Jane os ha cargado con tan odioso papel. Si solo dieseis á esa actriz vuestro dinero podria pasar, no lo vituperaria; con vuestras riquezas y vuestro nacimiento que se pague á una muger pífida que os engaña es disimulable, vale mucho mas que engañar á otras inocentes, y que no se pagan como acontece muchas veces. Pero vos dais á la Jane, ademas de vuestro oro, vuestro corazón: no se habla en Londres de otra cosa que de vuestro ciego amor: la desenfrenada pasion que os inspira esa Circe es el platillo de todas las conversaciones: los necios se rien, las gentes sensatas se compadecen, los ociosos refle-

xionan. A mí, que soy vuestro amigo, me allige vues- tra pasion, porque os mata, no diré que os envilece, esta espresion seria bastante fuerte, pero es constante, que os hace perder la general estimacion y conside- racion que se merece un sugeto de vuestra clase, y os pone en contacto con ciertas, gentecillas con esa peste social, de la que solo debiais recibir veneracion y res- pecto, en vez del escarnio y ludibrio. El duque de Nortforth ha marchado ayer á San Petersburgo despues de haberse batido conmigo; y ¿sabéis el motivo? voy á deciroslo. En una comida que nos dió hace tres dias el prince de Nipperg, sacó Nortforth de su bolsillo un billete en que miss Jane le decia fuese á verla, porque habia logrado desembarazarse de vos, y nos contó el medio sentimental y verdaderamente cómico de que se habia valido la perversa criatura para proporcio- narse aquel placer. Yo no pude sufrir el ridiculo papel que haciais en aquella escena á pesar de que el duque se espesaba con el mayor miramiento hácia vos, y le hablé en términos demasiado vivos que ocasionaron el lance de ayer. Y aun si fuérais engañado por sugetos como Nortforth.... Nortforth es un necio, un men- tecato si se quiere, pero al fin es un caballero de clase: miss Jane os ha asociado sin que lo sepais á lo mas ruin y despreciable de la sociedad: tal vez en este mo- mento seréis vos el único que ignore que su amante favorito es el bailarín Mady. Mucho siento, Colbridge, verme obligado á haceros sufrir la operacion mas dolo- rosa que puede soportar un hombre sensible y pundo- noroso, bien lo sé; es una parte del alma la que es me- nester amputar porque desgraciadamente el mal está en vuestra alma.

Desde el instante que principió Scander á contar la historia de Nortforth habia caido William en un verdadero estado de estupor: sus ojos sin accion y sin lágrimas revelaban la ausencia de toda idea ó pensa- miento, mas cuando oyó pronunciar el nombre de Mady de repente se presentó á su memoria el mas terrible recuerdo. Miss Jane le habia rogado con las mas vivas instancias que no fuese á visitarla por las mañanas porque la distraeria del ejercicio de un nuevo arte que estaba aprendiendo.

Esta idea casi hace perder el juicio á Colbridge; se levanta frenético y sin decir palabra, ni aun echar una mirada al coronel corre sin detenerse á casa de la pífida: no escucha las súplicas ni razones de una criada que trata de detenerlo, y atravesando las salas testigos de su pasada felicidad llega hasta el dormito- rio de la actriz. Sobre un sofá en que habia cambiado tantas palabras amorosas, tantas caricias tan sinceras y verdaderas por su parte, como falsas y fingidas por la de ella, la encontró colgada al cuello del bailarín. A tan horroroso espectáculo huye William precipitadamente, cuando sale fuera de aquella mansion de mal- dicion no sabe si luce el sol, ó camina entre tinieblas; se habia eclipsado el astro que era para él la luz de sus ojos y el sosten de su vida. En aquellos momen- tos de desesperacion hubiera querido se desplomase sobre su cabeza la celeste bóveda y verse sepultado en el caos: sus piernas vacilantes no podian sostenerlo y hubiera caido en tierra indefectiblemente á no sos- tenerlo en sus brazos el coronel Scander que no lo habia perdido de vista.

El marqués de Colbridge abandonó la Inglaterra, pasó á Francia y se estableció en Versalles, que es la ciudad mas triste del mundo. Las gentes decian: «es un inglés inmensamente rico atacado de esplin.» ¡Ah! la enfermedad de William era cien veces mas cruel que todo el esplin de Londres: á su estado habitual de languidez se sucedian con mucha frecuencia dolores agudos, raptos violentos que desgarraban su pecho. Cuando se ama de veras hay objetos que presentan á la imaginacion recuerdos tristes, desconsoladores, que son el tormento del amante: los cuadros, los libros, los árboles, no habia cosa que no hiciese sufrir horri- blemente al tétrico William; vivia porque habia per- dido hasta la energía suficiente para quitarse la vida.

Habia dado un largo paseo á pié cierto dia pensa- do en el puro placer que experimentaba en otros tiem- pos cuando era pobre y jóven en pasar horas enteras en la taberna junto á una mesa y una botella de cer- veza á su lado. Quiso ver si esto le proporcionaba al- guna distraccion, y entró en un modesto café situado á lo último de uno de los mas solitarios baluartes. Echó distraidamente la vista sobre un periódico sucio y arrugado y leyó: «La célebre actriz miss Jane se halla gravemente enferma: se atribuye la dolencia que sufre hace ya un mes alarmante en un principio, y en el dia casi desesperada á sus fatigas y tareas escé- nicas.»

No bien ha concluido William de leer esta noticia corre á su casa dominado por un solo pensamiento, un solo deseo: pocos minutos despues está en la puerta de la fonda la silla de posta; aquella misma tarde se embarcaba en el Havre en el paquebote Southampton, y á la mañana siguiente se encuentra en Londres á la cabecera del lecho de miss Jane.

Desde que se ausentó William habia llevado la ac- triz una vida la mas desenfrenada: su organizacion y constitucion física no habian sido demasiado fuertes para soportar esta existencia á la Mirabeau, que á las tareas del talento se sucedian las fatigas del placer: habia pues, caido enferma, y los que la rodeaban creian que se moria. Cuando la percibió su amante postrada en el lecho del dolor experimentó una conmocion extraordinaria de pesar, pero un dolor tan dulce y tier- no que lo alivió visiblemente: se tenia por feliz de po- der abandonarse á un sentimiento que lejos de ser ven-

gativo y rencoroso, era todo compasión y misericordia. Cuando la contemplaba tan pálida, tan débil, tendida en aquel blanco lecho como envuelta en un sudario, le parecía que cuanto la rodeaba y aun ella misma solo respiraban pureza y resignación: en aquel momento olvidaba enteramente que la causa de haberse marchitado aquella lozanía y belleza eran sus desórdenes y relajada conducta. Miss Jane por su parte experimentaba notable alivio y alegría con la presencia de Colbridge: aun en su delirio conservaba la ciencia de excitar las pasiones, tan bien aprendida y que no había olvidado: de vez en cuando dirigía al oído de William que apoyada la cabeza en su almohada y pegados los labios en su mano la escuchaba con sumo interés, algunas palabras que hacían palpar su amante corazón como en otro tiempo.

Una noche en que estaba desvelada, y atacada al parecer de profunda melancolía: «William, le dije con acento sentimental y conmovido, cuando ya no exista, acuérdate bien que tú solo has poseído el secreto de hacerme agradable la vida; no había conseguido mi existencia al arte y los placeres, como generalmente se ha creído, si no á tí solo, que me la hacías amable: me considero harto feliz de poder manifestarte los íntimos sentimientos de mi corazón en esta hora solenne y postrera en que no es lícito mentir.»

Sin embargo, la muerte se alejó de aquel sitio y respetó la vida de miss Jane, porque está demostrado que su inexorable guadaña no se ensangrienta en los seres que influyen malignamente en los destinos del hombre. Por consiguiente cesaron de verse amenazados los días de la actriz; pero los médicos mandaron que abandonase el teatro por espacio de un año.

—Bueno, exclamó Colbridge cuando oyó este fallo, iremos á Italia, olvidará la vida artística para no pensar sino en la positiva de los placeres: me alegro te alejes de esa vida escénica que minaba tu existencia y encendía tu sangre: de la tumba que casi te ha tragado vas á salir á mis ojos tan pura, tan inocente como del vientre de tu madre: quiero llevarte como se lleva á una esposa recién casada bajo un cielo trasparente que inspira amor aun á aquellos que nunca lo han conocido.

X.

Miss Jane se aburría á pesar de las bellezas del país: lo echó de ver Colbridge bien á su pesar; el amor que le parecía á él era suficiente para vivir feliz toda una eternidad, no creía ella fuese bastante para llenar una sola hora. Y no se crea que era el teatro lo que echaba menos, este sentimiento hubiera sido el menos amargo que podía abrigan en su pecho y que menos hubiera ofendido el amor propio de Colbridge, suspiraba sí por la vida agitada de libertad, de deleite y de caprichos, tan pronto concebidos como satisfechos.

Algunas noches se paseaban embarcados en una góndola; William le hacía observar las estrellas (¿qué le importaban á ella las estrellas?), las cristalinas ondas (¿qué le importaban á ella las ondas?). Miss Jane hubiera trocado de bonísima gana todas las maravillas y hechizos de aquellas noches poéticas por una de las cenas de Londres tan llenas de atractivo para su cuerpo y su espíritu.

Cierta mañana se paseaba William solo por la plaza de San Marcos, la mente preocupada, irritados los nervios y el corazón oprimido, cuando casualmente se encontró con el duque de Northforth que volvía de hacer su segundo viaje por Italia.

William no había visto á Lionel después de lo que le había contado el coronel Scander. Seguramente no podía ser mas desgraciado el momento en que se presentaba á su vista aquel jóven cuyo solo nombre le hacía hervir la sangre, y lo llenaba de cólera. Como era de esperar hubo una viva y acalorada disputa entre el lord Northfort y el marqués de Colbridge.

A la mañana siguiente unos desconocidos llevaban á su morada en una silla de brazos á William con una bala dentro del pecho; la herida al parecer era mortal y cierta su muerte, pero habiéndose estraído la bala se desvaneció el peligro, aunque á costa de esas penosas dolencias que son consiguientes á las heridas de las armas de fuego.

Postrado en el lecho del dolor y durante la calentura que casi nunca le dejaba, su único consuelo era tener la mano de su querida estrechada con las suyas: el ardiente amor que la profesaba era igual al de un tierno niño por su cariñosa madre: lloraba amargamente cuando miss Jane se apartaba de su lado, y sentía notable alivio y respiraba con mas libertad cada vez que aplicaba aquella los labios en su abrasada frente.

Ahorrecía á cuantos le rodeaban, excepto su querida, pero en especial el facultativo que le asistía le inspiraba la mayor aversión. Era este un médico francés, cuyos afectados modales, amable familiaridad, claridad sempiterna y vanidosa presunción, hacían un singular contraste con el carácter elevado, taciturno y discreto de Colbridge; pero sobre todo, lo que mas apuraba su sufrimiento era la franqueza con que le llamaba «mi querido enfermo» y á miss Jane «bella señorita.»

Por lo demás Mr. Julian, así se le llamaba el profesor, era un profesor jóven, complaciente, que manifestaba la mayor adhesión al herido. Iba muchas veces á renovar los apósitos, y si se aumentaba la calen-

tura á la tarde, solía quedarse y pasar la noche junto á su lecho.

Por lo general acostumbra William quedarse dormido á cosa de las once, cogida la mano de miss Jane con la suya, y no se despertaba sino al cabo de dos horas. Una noche se durmió como siempre, pero despertó desazonado al poco rato: no vió junto á sí á miss Jane, la calentura era violenta y se hallaba en aquel penoso estado de insomnio entre dormido y despierto, que hace parecer eternas las noches al paciente. Sentía á par de muerte su ausencia, ansiaba oír su voz, contemplar su rostro querido.... El gabinete en que dormía la actriz estaba contiguo á su alcoba, y la puerta generalmente abierta, pero aquella noche estaba cerrada; intentó llamar, pero le faltaron las fuerzas: una conmoción, un extraño presentimiento ahogaba su voz y sellaba sus labios: aunque con trabajo sale del lecho y con débil paso llega hasta la fatal puerta.... ¡maldición! está cerrada; la abre colérico, y ve.... á miss Jane entre los brazos de su jóven Esculapio.

No resiste Colbridge á tan odioso y repugnante espectáculo, y cae en tierra sin sentido: pasó toda una semana entre la vida y la muerte con una calentura violenta acompañada de delirio: miss Jane había varias veces intentado presentarse, pero hubo de desistir porque su presencia hubiese acarreado fatales consecuencias. Sin embargo, como no se muere de lo que mas debía matarnos, William fué restableciéndose poco á poco.

Estaba un día sentado en su poltrona tomando el sol en un balcon, al que cien veces se había asomado con su querida para admirar las bellezas de Venecia y gozar de su amor. De pronto se le figura que alguno alienta detrás de él; vuelve trabajosamente la cabeza y cree ver al través de los brillantes rayos del sol de Venecia la rubia cabellera de miss Jane. Jamás había estado tan hechicera, ni jamás su semblante había revelado una pasión tan diestramente animada: todas sus facciones espresaban cierto no sé qué de humildad y arrepentimiento acompañado con claras muestras de desesperación y despecho.

—William, dice arrojándose á sus pies y estrechando sus rodillas con aire desesperado, escúchame: soy una miserable, una muger perdida, una cortesana, ya te lo había dicho, pero.... yo te amo.

No es posible dar una idea de la fuerza, la energía con que pronunció estas palabras que por sí solas ya envolvían un poder mágico, irresistible: esperaba que el fuego con que las profirió cauterizaría las enconadas llagas del corazón de su amante: aquel yo te amo quería decir: ¿qué te importan mis faltas? ¿qué te importan mis crímenes, mis infidelidades y falsías? mi persona, mi posesión y mi amor te proporcionarán mas dicha, mas felicidad, que disgustos y pesares te ha acarreado mi depravada conducta. ¿Crees acaso que puedes vivir sin mí? Sin mi amor te faltará aire para respirar, y ese sol que brilla sin oposición en la celeste bóveda, no te calentará.

William sin inmutarse se levanta pausadamente de su asiento, y sin mirar á la actriz que permanece arrodillada, llama á su ayuda de cámara.

—¡Que me libren de esa miserable! exclamó, y volviendo la espalda salió del aposento después de haber visto á un lacayo que cumplía la orden cogiendo del brazo á la Jane.

En este mundo todo tiene límites, y también el arte encuentra obstáculos insuperables contra los que se estrelló su poder. Miss Jane dejó la humilde postura que había tomado para implorar gracia con el rostro hecho ascuas, y despedazado el corazón con el dolor de una artista humillada. Sabía muy bien que jamás lograría arrancar de su pecho un acento tan apasionado, tan enérgico, como del que acababa de valerse. Desde entonces no ha vuelto á ver al lord Colbridge.

William casó con miss Claforth; algunos meses después de su enlace pensó cuan vergonzoso y pueril era el temor que le privaba de presentarse en Convent Garden, en el que miss Jane había vuelto á aparecer con brillante suceso, y arrancando nuevos laureles. Se representaba precisamente aquella noche el Otelo, de que he hablado al principio de esta relación, y allí fué donde pudo estudiar en las ávidas miradas y facciones de William, las impresiones que deja en el corazón de un amante el amor inspirado por una muger como miss Jane. ¡Ah! lord Colbridge jamás gozará las dulzuras y placeres del hogar doméstico; los infantiles juegos y caricias de sus hijos, ni el sincero y verdadero cariño de su virtuosa esposa: está marcado para siempre con el sello fatal del amor impuro.

EL PRINCIPE SCHEMSEDDIN Y LA PRINCESA ZORAIDA.

CUENTO ÁRABE (1).

(Conclusion.)

La partida del príncipe Schemseddin dejó sumergida á la princesa Zoraida en una tristeza inconsolable.

(1) Véase el número anterior.

Apenas había amanecido el siguiente día cuando su padre el califa Aben-Aibu procuró informarse por sus esclavas del estado de la salud de su hija, y por ellas supo que la princesa no había dado treguas al llanto durante toda la noche.

Era el califa Aben-Aibu el hombre de carácter mas altanero é indomable que ofrece la historia de los califas. Su rostro severo y adusto, y su temible é imponente magestad humillaban de tal manera á los que rodeaban su persona, que nadie osaba mover los labios ni aun alzar los ojos en su presencia.

Pero este monarca, tan fiero y orgulloso para todo el mundo, era lo mas dulce y cariñoso cuando se trataba de su adorada hija: la noticia de su dolor le afectó de tal manera, que abandonándolo todo se dirigió á la habitación de Zoraida, sin otro objeto que el de hacer cuanto fuese preciso para tranquilizarla y consolarla en su aflicción.

Acercóse á la entrada de su cuarto, detúvose en ella un momento, y observó lo bastante para conocer el estado en que se hallaba su hija.

Gozosa la princesa por encontrar al fin un consuelo en la ternura de su buen padre, le abrió su corazón, lloró amargamente en sus brazos, le dijo que había tenido aquella noche sueños y visiones horribles, y que la ausencia de su amado príncipe solo le precedía desdichas y males, si ella no le seguía inmediatamente.

El califa, que á todo antepone la felicidad de su hija, ordenó al punto que se dispusiese una comitiva para llevarla en seguimiento del príncipe.

A los tres días de su salida divisaron en una llanura la comitiva del príncipe, y el corazón de Zoraida saltaba de gozo al considerarse tan cerca del objeto de su cariño.

Pero ¡cuán grande no fué su sorpresa cuando al reunirse las dos comitivas en aquel sitio, ni se tenía noticia alguna de su paradero!....

—Hace ya dos días enteros, señora, le dijo uno de los individuos que acompañaban al príncipe, que hallándose vuestro esposo sentado bajo estos árboles, tenía en la mano y miraba atentamente una preciosa sortija, cuando un ave, descendiendo hácia él con rápido vuelo, se la arrebató, llevándosela en el pico hasta las inmediatas colinas. El príncipe salió entonces solo en persecución suya, y por mas que lo hemos buscado durante dos días, no hemos podido descubrir su paradero.

El anillo arrebatado al príncipe era un talisman que la madre de Zoraida había dejado á esta al tiempo de su muerte, asegurándole que sería muy feliz en tanto que no lo sacase de su dedo; pero que si se separaba de él por un momento, perdería desde entonces hasta que lo volviese á encontrar, toda la felicidad de su vida. Zoraida, al entregarlo al príncipe, su esposo, antes de su partida, había olvidado el consejo de su madre, que entonces recordaba bien á pesar suyo.

Indecisa y vacilante en medio de su aflicción, permaneció otros tres días bajo aquellos árboles, donde pasaba los días haciendo buscar al príncipe llorando y exhalando dolorosos suspiros: el cansancio de su sufrimiento la hacía dormir algunos ratos, durante los cuales sus vasallos la contemplaban llenos de interés hácia ella, levantando á veces el velo que la cubría para recrearse con la vista de su hermoso y tristísimo semblante.

Al fin resolvió la princesa continuar su viaje hácia la corte de su suegro, el rey de Khalendám, pensando que ésto la ayudaría con suma eficacia á descubrir el paradero del príncipe Schemseddin.

Con este objeto llegó á la capital del reino de la isla de Ebanó, desde donde había medios de comunicación fáciles y seguros para la de los hijos de Khalendám; y presentándose al rey Armanos que imperaba en aquella, le refirió en breves palabras la triste y lamentable historia.

El rey Armanos, que acababa de perder á su hija única la princesa Badura, á quien Zoraida se asemeja notablemente, la oyó con tal interés y sintió hácia ella un afecto tan entrañable que la invitó á permanecer en su reino en el lugar de su hija, ofreciéndose á hacer todas las diligencias imaginables para descubrir el paradero del príncipe; porque «hermosa Zoraida, añadió el rey Armanos después de ofrecerle su amistad y su reino, la corte de vuestro suegro se halla tan distante de aquí, que difícilmente podría desde ella, por mas que quisiese, emplear los medios de que yo puedo disponer para conseguir este fin.»

Zoraida convino en ello gustosa, y creyó que el cielo comenzaba ya á mostrarle el camino de su dicha.

Pero mientras Zoraida queda tranquila en la corte del rey Armanos, volvamos nosotros á buscar al príncipe Schemseddin.

Este, después de seguir durante todo un día al maligno pájaro que de vuelo en vuelo le llevaba atravesando valles y colinas, se vió sorprendido por la noche y la pasó debajo del árbol en cuya rama mas alta vió pararse al ave raptora, con ánimo de no volver á reunirse con los suyos sin llevar consigo el precioso talisman de la princesa.

Al siguiente día, el pájaro continuó volando poco á poco y llevando al príncipe tras de sí, obligándole á pasar otra noche debajo de un árbol donde lo vió pararse.

Así continuó por espacio de once días, hasta que al cabo de ellos el pájaro, acercándose á una ciudad.

se perdió de vista, salvando una estensa huerta, donde entró el príncipe en persecucion suya, encontrándose con un anciano jardinero que lo cuidaba, y que al instante le preguntó con la mayor afabilidad é interés el motivo que le llevaba á aquel sitio.

Contóle el príncipe su historia, y el jardinero, sumamente condolido de sus desgracias, le advirtió que si aquella noticia se divulgaba, podria correr peligro su persona, porque en aquella ciudad eran todos idólatras y tenían una aversion mortal á los musulmanes: le añadió que muy pronto se daría á la vela desde el puerto de ella un buque que todos los años hacia su viaje á la isla de Ebano, que era el punto de comunicacion con el reino de Khalendam, y que interin llegaba este momento, le ofrecia su casa y su compañía, donde se podía quedar disfrazado de jardinero y pasando por hijo suyo, pues él era bastante viejo.

El príncipe accedió gustoso, y el jardinero le trajo una cesta con su ropa, que se vistió Schemseddin, guardando en ella sus régios vestidos, entre ellos un hermoso manto bordado, que tenia puesto desde su salida de Bagdad.

Llevaba el príncipe tres semanas en su ejercicio de jardinero cuando en una hermosa mañana, y en ocasion en que se consagraba á sus rústicas faenas, vió aparecer dos aves que reñian en el aire, y que cayeron en el jardin revoloteando, quedando muerta una de ella y levantando la otra su vuelo hasta desaparecer á la vista de Schemseddin. El ave, que acababa de morir,

do las vasijas y la cesta de ropa del príncipe Schemseddin, y diósele orden de no faltar á la hora de la partida.

Pero al llegar esta hora crítica, el anciano jardinero, acometido dos dias antes de una enfermedad aguda, estaba próximo á espirar. El capitán del bu-

veia obligado á permanecer un año mas en aque ciudad aguardando la salida de otro buque. Tantas desgracias reunidas agobiaban su alma con un peso insoportable.

Volvióse á su jardin, y alli pasó algunos meses trayendo su dolorosa afliccion con sus tareas campi-



Partida de Zoraida.

que que se llamaba Asad, hizo advertir al príncipe que el buque iba á darse á la vela; pero él contestó que tuviesen á bien aguardar unos ins-

tres. Era preciso resignarse por un año mas á la vida de jardinero.

Quando el buque arribó despues de seis semanas



Entrevista de Aben-Aibu y Zoraida.



Zoraida viajando en busca de su esposo.

tantes, pues no le era posible abandonar á su padre en los momentos de su agonía.

Con la respuesta del príncipe el buque se dió á la vela, sin aguardar al moroso pasajero.

la isla de Ebano, la princesa Zoraida, como lo tenia de costumbre, paseaba por las orillas del mar y presenció su llegada. Informándose por curiosidad de lo que traia el buque, supo que entre otras cosas venia

era tan parecida á la que habia robado su talisman al príncipe, que corriendo hácia ella, la despedazó sin demora, y registrando sus intestinos, aparece á sus ojos el florado talisman.

La alegría que el príncipe esperiméntó en aquellos instantes estuvo muy cerca de trastornar su razon. El jardinero, en cuya busca corrió el príncipe á participarle su hallazgo, al verlo fuera de sí de gozo, saltando á su cuello y haciendo mil demostraciones de contento lloraba como un niño, tomando parte en el regocijo de Schemseddin.

Para que la dicha de ambos fuese completa, cavando al dia siguiente las raíces de un árbol, encontraron á dos varas de profundidad una pesada losa, y levantándola, descubrieron un subterráneo, donde se hallaban depositadas cincuenta vasijas llenas de polvo de oro.

El jardinero se empeñó en regalar este tesoro al príncipe; pero este quiso que se partiese religiosamente entre ambos.

Entretanto el dia de la salida del buque para la isla de Ebano se acercaba, y el jardinero fué á ajustar el pasaje del príncipe, encargando á este que para llevar oculto su tesoro, pusiese encima de los polvos de oro una capa de aceitunas, y embarcase sus veinte y cinco vasijas haciéndolas pasar como si estuviesen llenas de este fruto. El príncipe lo hizo así, y para asegurar su talisman de una nueva pérdida, lo metió en una cajita dentro de una vasija, señalándola por fuera para conocerla despues.

Llegado el dia del embarque, trasladáronse á bor-

En aquel mismo instante falleció el jardinero, y el príncipe despues de lavar su cuerpo, amortajarlo, y enterrarlo en una hoya que cavó en el jardin, se dirigió corriendo hácia el puerto, donde vió el buque que navegaba en alta mar á toda vela.

El príncipe acababa de ver morir á su buen amigo el jardinero, habia perdido su talisman y su tesoro, y se

veinte y cinco vasijas de aceitunas, y perteneciente al equipage de un jardinero, que se habia quedado sin embarcar.

—Que las lleven á mi palacio, dijo al punto la princesa: yo daré por ellas una suma cuatro veces superior á su importe, que se entregará en mi nombre al jardinero á quien pertenecen.



Schemseddin disfrazándose de jardinero.

Hizo vaciar Zoraida una vasija de aceitunas, y quedó no poco sorprendida al verla casi llena de polvos de oro. Mandó sin dilacion abrir todas las restantes, y al vaciar una de ellas apareció una preciosa cajita. Zoraida la abre con gran curiosidad, y al ver la sortija, da un grito y cae desmayada en los brazos de uno de sus esclavas.

—Capitan, le dijo luego que lo tuvo en su presencia: el pasajero que habeis dejado sin embarcar al emprender vuestro viage es un deudor del rey de esta isla, que ha huido de ella disfrazado de jardinero. Volved sin demora á buscarlo. Todos los efectos que contiene vuestro buque quedan retenidos hasta que venga ese hombre á mi poder.

decidió á sufrir con ánimo resignado todo cuanto pudiera sobrevenirle.

Cuando despues de tres meses de la salida del buque se le avistó de nuevo en la isla de Ebano, la princesa hizo que marchase al embarcadero una lujosa comitiva, llevando un caballo enjaezado para el príncipe, y debiendo acompañarle todos hasta su entrada



Zoraida reconoce el manto de Schemseddin.

Habia reconocido el talisman de su madre. Vuelta en sí de su desmayo, su primera diligencia fué mandar que le trajeran cuanto hubiese en el buque y perteneciese al pasajero que no habia llegado á embarcarse al tiempo de la partida.

Presentóje un esclavo del capitan Assad el manto



Zoraida y el capitan Assad.

del príncipe, como única prenda del equipage del viajero, y Zoraida creyó volverse loca al descubrir ya de una manera infalible el paradero de su amado esposo. Creyó sin embargo que le convenia disimular aquel hallazgo delante de la multitud que le rodeaba; y fingiendo un aire de severidad, hizo llamar sin demora al capitan Assad.



Schemseddin llevado á la isla de Ebano.

El capitan Assad hizo en vano á la princesa algunas observaciones que esta no quiso escuchar. Vióse, pues, precisado á volver á la ciudad de los idólatras;

en el palacio, pero sin noticiarle que su esposa se encontraba allí.

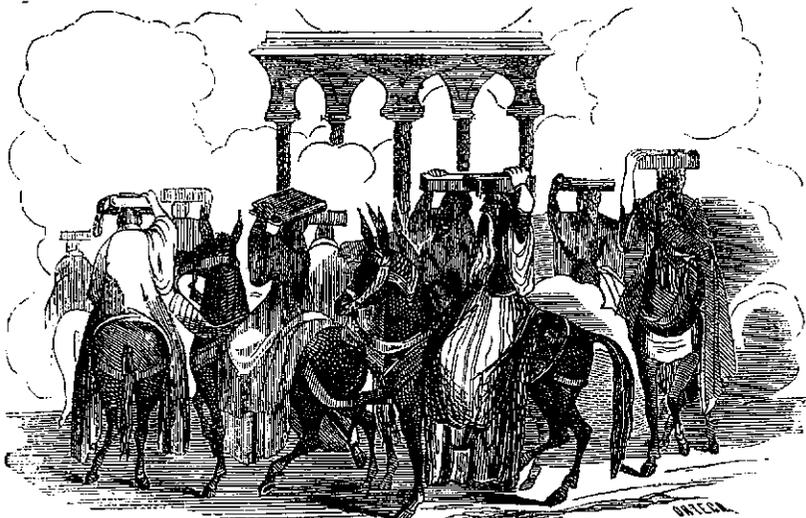
Al saltar en tierra Schemseddin, aceptó, no sin



Encuentro de Schemseddin y Zoraida á su llegada á la isla de Ebano.

y al arribar á ella envió á tierra una lancha con un formidable negro, que auxiliado de otros compañeros entró en el jardin donde habitaba el prin-

asombro, aquellos homenajes cuyo motivo ignoraba, causándole todavía mayor estrañeza oirse llamar por su propio nombre. Llegó por fin al palacio del rey; y



Festejos para la coronacion de Schemseddin.

cipe, y se lo llevaron á la fuerza, introduciéndolo en una lancha, donde le dijeron que le conducian á la isla de Ebano, como deudor del rey de aquella isla.

Atónito Schemseddin al oír aquellas palabras, y convencido de que la desgracia iba á perseguirle de nuevo por haber abandonado su precioso talisman, se

al encontrar á la hermosa Zoraida que bajó á recibirle hasta la calle como lo habia despedido en su palacio de Bagdad, creyó morir de gozo al encontrarse al fin entre los brazos de su esposa adorada.

El capitan Assad, que no volvia en sí del asombro que le causaba aquella trasformacion, fué espléndida-

hiente recompensado por la eficacia con que desempeñó su cometido.

Los afortunados esposos pasaron algunas semanas sin ocuparse de otra cosa que de gozar esa felicidad de que estaban privados ya por tanto tiempo.

El rey Armanos, que los amaba como á sus hijos, colmó su dicha, nombrándolos sucesores al trono, y abdicando en ellos su reinado. La coronación de Schemseddin se celebró un mes después de su llegada con grandes festejos y ceremonias.

Pasados otros dos meses, el califa de Bagdad y el rey Mohamed habian sabido ya por medio de mensajeros que les habian enviado sus hijos, que la corona real cenía ya las sienes de los venturosos príncipes Schemseddin y Zoraida.

Dos años después, Schemseddin y Zoraida, sin separarse un instante uno de otro, y llevando cuidadosamente guardado su precioso talisman, habian ya visitado á sus padres, que murieron algunos años mas tarde, viniendo á quedar herederos de tres reinos, cuyas coronas cayeron después los descendientes de los jóvenes reyes de la isla de Ebanó.

J. M. ANTEQUERA.

LA ESTRELLA DEL SUD.

NOVELA ORIGINAL

POR DON ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES.

(Conclusion.)

CAPITULO VIII.

Una leccioncita.

SEGUNDA PARTE.

A imitacion de los republicanos capitaneados por Napoleon (petit), debemos retroceder ó retrogradar al punto de donde salieron los dos coches la noche del 24 de junio.

El lector recordará que esa noche saliamos juntos de la tertulia de mi encantadora y amable compatriota, la señora doña A. L. de A., y que al pasar á espaldas de la casa de don Juan, nos dió la humorada de mirar por un agujero de las tapias del jardín.

Creo que notaria, como yo noté, el cuidado con que el hidalgo colocó dentro del carruaje á su compañera, y pasó el brazo derecho entre su cuello y la almohada en que descansaba su preciosa cabeza, para que el movimiento del coche no la hiciera bambolear.

Tambien notaria, antes que cerrasen la portezuela, la manera cariñosa y tierna como estampó sus labios en su frente, mas abatido y lloroso que un futuro marido perdidamente enamorado de su linda futura (no del dote), y obligado á alejarse de ella cuando faltaban pocos dias para su enlace; y tampoco se te escaparía, ¡oh curioso lector! (nunca el adjetivo curioso ha sido mas bien empleado que ahora) la congoja y recelo con que él la contemplaba; congoja y recelo parecidos á los de un celoso amante, ya calabaceado otras veces, y que,

En el instante postrero,
De abandonara su amiga,
Ve á su lado á otro que abriga.
Por ella vivaz pasion.

Luego se cerro la portezuela, corrió don Juan las persianas, y el coche, tirado por dos vigorosos caballos, que á un fuerte latigazo del conductor se pusieron en marcha, atravesó el umbral, y desapareció con un ruido semejante al del mar en una costa llena de bajíos y rompientes.

Entonces ni tú, lector caro, ni yo, pudimos distinguir mas nada.... pero yo que miré por tus intereses, y ando mas listo para congraciarme contigo, que un criado nuevo los primeros dias de su recepcion, eché á correr tras el carruaje con la pasmosa ligereza de aquel Gilberto, que el exagerador y embustero Dumas en las *Memorias de un Médico*, hace galopar á pié, por cuenta de mula, la friolera de diez y seis leguas en diez horas, ¡diez y seis leguas lector! ¡que mas adelante suben á veinte y dos!

Voy, pues, á referirte lo que vi y lo que averigüé luego por medio de la tornera del convento de... á la que estuve que estar, no diré enamorando, porque sería un sacrilegio, pero si regalando los oidos un año, dos meses, tres semanas, seis dias, ocho horas, catorce minutos y dos segundos, para que me contase lo que vas á oír.

El carruaje se detuvo en la puerta del citado monasterio, y bajó nuestro amigo don Juan, llevando en brazos á Emirene envuelta en una capa.

La madre abadesa no se habia acostado esperando.

Entró el castellano en la celda de esta y depuso su carga encima de la cama que le tenian dispuesta con antelación. Volvió á recomendarla eficazmente á sor Angela, y se alejó con el alma traspasada de dolor.

Tiempo es ya de aclarar alguna duda acerca de la

rapidez con que don Juan se convenció de la inocencia de su esposa.

Mientras Emirene hablaba con su padre, él se habia retirado á su casa y Yuca le habia informado detenidamente de todos los sucesos que tenian relacion con la intriga del marqués; y aunque el lenguaje de las cartas encerraba la confesion espresa de una culpa que no existia sino en apariencia, fué mas poderosa la conviccion moral que produjo en su ánimo el llanto, los ruegos, y hasta la enérgica aunque momentánea resistencia que ella le opuso, al mismo tiempo que se entregaba, ó mas bien, cedía sollozando á la fuerza y á la violencia.

¡No! no podia haber delinquido la muger que se conducia de esa manera. El hábito del vicio no habia empañado todavía la pureza de sus sentimientos, ni profanado su angélica belleza. Virgen para el crimen, sublimaba y ennoblecía su culpa con la grandeza del sacrificio que se imponía, y en su misma caida estaba su justificacion.

Hé aquí lo que pensó don Juan al separarse de ella, y luego que habló con su padre y tuvo en su poder las cartas del marqués y el resto de las suyas, el convencimiento material respondió como un eco á las nobles inspiraciones de su corazon.

Mas no por eso, antes ni después, varió su primer plan. Como quiera que fuese, ella se habia hecho acreedora á un castigo ejemplar, y era de absoluta necesidad darla una severa leccion que la escarmentase para en adelante. Si, era indispensable corregirla de su estremada y peligrosa vanidad, y hacerla tocar con su mano, una tras otra, todas las consecuencias de un estravio.

Estaba de por medio la felicidad de su vida entera, y don Juan queria asegurarla para siempre.

Acaso sufría él tanto ó mas que ella; pero el egoismo de su amor, la razon y la esperiencia, le aconsejaban mostrarse inflexible, padecer y hacerla padecer algunas semanas, para no llorar ambos y gemir algunos años, para no ser desgraciados el resto de su vida.

En vista de esto, Emirene, al volver de su letargo, debia creer y vivir persuadida que no era una farsa cuanto habia pasado, que el marqués habia muerto, no de broma, sino muy de veras, y que ella se habia salvado por una casualidad.

Estaba condenada á no ver á su hijo, ni á su padre, ni á su tia, ni á nadie, y á vegetar en la incertidumbre, ignorando completamente qué era de su marido.

La abadesa mientras tanto, debia inocularla máximas de sana moral, consolarla y prodigarla sus cuidados y buenos oficios, hasta que espirase el plazo señalado para la espacion, ó como decia el *buen hombre*, para la *leccioncita* cuya primera parte estaba aprendiendo simultáneamente S. E. el excelentísimo señor don Eduardo Carlos María de Tedarra XI marqués de Araure.

No sé ni deseo saber qué juicio se habrán formado mis lectores, femeninos, masculinos y neutros, del clásico sistema penitenciario inventado por el señor de Serelar y Villavicencio, pero me lisongeo que aunque les desagrade, le encontrarán bastante original (cosa difícilísima en los tiempos que alcanzamos) muy justo y equitativo. Narcótico y encierro para los dos: rapadura, entierro en vida á lo Carlos V; cadena y látigo para el galán; clausura, sermones, privacion de ver á su hijo idolatrado, dudas y remordimientos para la dama.

A la tarde del siguiente dia, Emirene despertó de su largo sueño, y aunque no con el espanto de su enamorado, se incorporó con sorpresa en el lecho y arrojó en torno de sí una mirada investigadora.

—¡Sor Angela! exclamó cubriéndose el rostro con las manos, al percibir á la abadesa sentada en una silla al pié de su cama.

—Hija mia, respondió esta acercándose á ella con interés.

—¿Quién me ha traído aquí?... ¡Ah! yo tomé un veneno.... anoche.... sí.... continuó Emirene como interrogándose á sí misma, mientras evocaba sus recuerdos y coordinaba sus ideas rebeldes:—sí, estoy bien segura de ello.... Decidme ¿quién me ha traído aquí?

—Vuestro padre.

—¿Cuándo?

—Esta mañana antes de amanecer.

—¡Ah! ¿podeis decirme si mi esposo vive?

—Lo ignoro....

—¡Por la Virgen! si sabeis algo no me lo oculteis.... ¿Se ha suicidado?

—Os repito que nada sé respecto á vuestro marido.

Emirene permaneció algunos minutos en silencio entregada á sus reflexiones; luego añadió:

—¿No era un veneno lo que me dieron?

—Esa era la orden; pero Yuca lo substituyó por un tósigo que os adormeciese. Esperaba que don Juan mejor informado, se arrepintiera y reconociera su engaño....

—¿Entonces mi marido ha muerto?... volvió á preguntar la joven esposa con la misma ansiedad que al principio.

—Mucho siento, hija mia, repuso la abadesa con aire de tristeza, no poder sacaros de dudas; ¡mas ay! yo no sé sino lo que me han dicho.

—Y mi hijo, mi querido, mi inocente hijo, añadió Emirene lanzando un profundo suspiro, ¿dónde está? ¿quién cuida de él?...

—Vuestra tia y vuestro padre. Le han llevado á la casa de campo.

—¿No os dijo mi padre cuando volveria?

—Tardará algo....

—¿Cuánto tiempo?

—Me indicó que eso dependia de ciertos pasos que iba á dar. Piensa irse de Lima.

—¿Sabeis dónde?

—Creo que á España.

—Comprendo.... y se lo agradezco, añadió tristemente: quiere arrancarme del teatro de mi ignominia.... ¡oh! soy muy desgraciada.... en mal hora vi la luz!

—Los juicios de Dios son impenetrables, contestó sor Angela conmovida por su llanto; tal vez os sujeta á esta ruda prueba para experimentaros: tened confianza en su misericordia que es infinita. El tendrá piedad de vos, como vos la habeis tenido de los desgraciados, á quienes en lo horfandad, en el desamparo y la miseria, habeis tendido una mano generosa.

Habia en el semblante grave y simpático de aquella venerable muger, y en la manera mesurada al par que afable con que se espresaba, una espresion de indulgencia y bondad que estimulaba á cualquiera á abrirle su corazon, sin pretender penetrar los secretos del suyo.

Su noble y sereno aspecto era la imagen de la virtud, y sus palabras el eco de los sublimes sentimientos que escondia en su pecho, y que se revelaban en la magestad de su rostro y en las inflexiones de su voz, como revela su presencia la modesta violeta oculta entre sus hojas, por la fragancia que se escapa á raudales de su cáliz entreabierto, no bien el céfiro que pasa murmurando, sacude el manto de verdura de su esconde, ó la roza con sus alas para beber el perfume que despidе.

Emirene que ya la conocia y tenia formada una alta opinion de sus buenas cualidades, escuchó con religioso silencio su voz consoladora, y dió gracias á Dios en su interior que hubiese tenido su padre la feliz ocurrencia de trasladarla allí mejor que á otra parte.

—Si, exclamó después de un instante de reflexion en el que permaneció abismada en su pesar; si, confío en la bondad divina; sino fuera esa esperanza ¿qué sería de mí?... Decidme, ¿podré escribir á mi padre?

—Duelme en el alma advertiros que será inútil, pues me ha encargado que no hagais nada, absolutamente nada, por lo cual pueda algun extraño venir en conocimiento de que os hallais aquí.

—¡Dios mio! y entonces ¿como he de ver á mi hijo?

—Tened paciencia por unos dias.... ya trataremos de conciliarlo todo.... no olvideis que yo no puedo dar ningun paso que me comprometa.... solo por ser vos he consentido en prestaros un asilo, comprometiéndome y faltando á las reglas del convento: os ruego muy encarecidamente que no me exijais nada que no esté en la esfera de mis facultades.

—Creed que vivirá eternamente agradecida á lo que habeis hecho por mí, replicó la esposa de don Juan con acento melancólico, y para no ocasionar ningun perjuicio, seguiré vuestras instrucciones al pié de la letra mientras permanezca á vuestro lado. Mandad, yo obedeceré, solo os pido por última vez que procureis, tan pronto como sea posible, traerme á mi hijo, al hijo de mi corazon que acaso ya no tiene padre....

La voz espiró en su garganta y las lágrimas corrieron á lo largo de sus mejillas á este recuerdo.

—El será mi consuelo, mi única distraccion y alegría en medio de los pesares y atroces remordimientos que van á acibarar mi existencia.... ¡oh! necesito verle, estrecharle contra mi pecho, tenerle siempre á mi lado para soportar con resignacion el cúmulo de males que me amenazan... Vos no sois madre, señora, ni podeis valorar lo que sufre el corazon de una madre en una situacion parecida á la mia.

—No os desesperéis, hija mia, repuso la abadesa, yo os empeño mi palabra de hacer cuanto de mí dependa, para que á la mayor brevedad realicéis vuestro deseo.

De este modo siguieron hablando por espacio de una hora, como acostumbra hablar las mugeres y los periodistas, es decir, repitiendo cuarenta veces la misma cosa con diversas palabras ó sea dando distinto giro á la frase, movimiento á las manos y torniquete á la lengua.

Suprimiré, pues, el resto del diálogo, como he suprimido otros muchos trozos (tal vez los mejores) unos por redundantes, otros por estemporáneos, otros porque se rozaban con la política, y otros.... ¿qué se yo?... con la ilimitada libertad de imprenta que se goza en este pais (1) los editores se asustan hasta de su propia sombra y los dedos se les antojan huéspedes.

La vida de Emirene en el convento se deslizó triste, pálida y monotoná, lo mismo el primer dia que el último. Las órdenes de don Juan se cumplieron rigurosamente. En vano escribió á su padre: no tuvo el consuelo de recibir respuesta á sus cartas. Tampoco pudo ver á su hijo, ni saber nada acerca de su esposo.

Al principio lloró y creyó que no podria sobrevivir á tantos pesares. La vida le era insoportable, y sentía que Yuca se hubiera compadecido de ella. Privada de todo lo que antes embellecía y hacia dichosa y envidiable su existencia, arrojada de su elevado pedestal

(1) América Meridional.

al fango del envilecimiento, perdida para el mundo y para los suyos, causa de la desdicha de los seres que mas amaba, y sin esperanza de remediar el mal que involuntariamente les habia irrogado, natural era que deseara la muerte. «No hay dolor mas grande, dice el Dante, que recordar en medio del infortunio la felicidad perdida.»

Y es horroroso momento
Aquel, en que la venganza
De Dios, mata la esperanza
Y engendra el remordimiento (1).

Sor Angela, con sus consejos y afectuosas y consoladoras palabras, fué poco á poco difundiendo en su espíritu atribulado la calma y la paz que rebotaban en el suyo.

La fé de sus primeros años amortiguada por la prosperidad, y que la desgracia habia despertado, se arraigó en su alma, y fué para ella en medio de las tinieblas que la cercaban, como un fanal brillante que surgiese de repente de entre las olas de una mar horrascosa, y encrespada por el huracan, surcada por el rayo é iluminada por el relámpago.

Fortalecida y alentada por su directora, se humilló ante los juicios impenetrables del Altísimo, y aceptó las penas que la enviaba con la entereza de los mártires, á quienes arrojaban á las llamas y á las fieras,

En los circos de Roma la gigante,

Y con celo triunfante
Sus iras provocaban,
Y al César espirando, derribaron,
Y en el trono del César se sentaron (2).

Rogó por los manes de su madre y de don Juan á quien suponía muerto; por su hijo; por su padre y por su buena tia, por aquella excelente muger, que desde la infancia le habia prodigado sus cuidados como si le hubiese dado el ser.

El que se arrepiente es porque conoce el mal que ha hecho y desea corregirse. Los golpes de la fortuna nos obligan á ser severos con nosotros mismos, y á mirar las cosas tales como son. Es verdad que nos quiton muchas ilusiones, pero en cambio, aprendemos mas en un dia de desventura que en veinte años de prosperidad. Tenia razon Epitecto cuando dijo que el dolor es el crisol de la humanidad.

Comparó Emirene su posicion antes del 24 de junio con la actual; su pasado con su presente y con su futuro mas terrible aun. Entonces y solo entonces, apreció el tesoro de felicidad que habia locamente dissipado. Lloró como el hijo pródigo, obligado á sustentarse con las bellotas de los cerdos que cuidaba, y se propuso, donde quiera que el destino la llevase, y cualquiera que fuese el porvenir que la estaba reservado, vivir solo para su hijo, corregirse de su vanidad y coqueteria, y espisar su culpa con una vida ejemplar. He aqui lo que don Juan deseaba.

Desde que se familiarizó con este pensamiento, una apacible resignacion sucedió al malestar continuo y á los agudos remordimientos que antes la perseguian hasta en sueños. Solo conservó su rostro, como el sello de sus padecimientos, una palidez y un tinte de melancolia, que prestaban nueva gracia á los rasgos artisticos y á la hermosura ideal de su bellísima fisonomia.

La abadesa con hábiles subterfugios habia sabido mantener su esperanza, haciéndola creer que si su padre no venia y no contestaba á sus cartas, era porque no queria participarla nada hasta que estuviesen zanjadas todas las dificultades; y tampoco le costó mucho trabajo persuadirla, señalando cada vez nuevos plazos, que de un dia á otro se apersonaria por el convento con el niño.

Seis meses se pasaron asi, y llegó el año de gracia de 1799.

La mañana del primero de enero, Emirene estaba mas triste que de costumbre, Horaba á intervalos y parecia agobiada por un gran pesar.

—¿Qué tenéis, hija mia?... le preguntó sor Angela al entrar en su celda.

—Hoy es mi cumpleaños, respondió ella, y no podré abrazar á mi hijo ni á mi padre.

—Ya os he dicho que vendrá irremisiblemente.

—¡Ay! me lo habeis prometido tantas veces, y... siempre en vano!...

—Obstáculos imprevistos lo han impedido hasta ayer, hoy no os engañará.

—¿No? ¿no me engañará?... repitió la jóven prisionera con marcado acento de duda y desconfianza.

—¿Oís?... dijo la abadesa señalando con la mano hacia la puerta, un coche acaba de llegar.

—¡Es él! exclamó Emirene poniéndose la mano sobre el corazon cual si quisiera contener sus violentas palpitaciones: ¡es él! corramos á recibirle.

Y cogiendo rápidamente de la mano á su compañera se precipitó al encuentro del que venia.

CAPITULO IX.

El talisman.

¿Qué habia sido entretanto de don Juan en esos

eternos seis meses? ¿Cómo se habia avenido para soportar tanto tiempo la separacion de su idolatrada esposa? ¿De qué medios se habia valido para poner á cubierto su reputacion?...

Los seis meses los pasó tan triste y miserablemente como Emirene, pues si ella vivia en la incertidumbre y con el remordimiento de haber ocasionado la desgracia de su familia, él se hacia cargo de lo que debia sufrir y temia que su tristeza degenerase en alguna enfermedad peligrosa. Los informes que recibia diariamente de la abadesa, no le tranquilizaban por mas satisfactorios que fuesen. Necesitaba verla y no se atrevia á ir al convento, temeroso de olvidarse de todo y esponderse con su debilidad á nuevos percances en adelante.

Como es de suponer, en nada encontraba consuelo ni distraccion: obligado á quedarse en la ciudad para cohonestar la fabula del viage de Emirene con su padre, por la misma razon privado de su hijo, que estaba en la casa de campo con doña Manuela y Flores, apenas gozaba un momento de satisfaccion cuando iba á verle, porque el niño no hacia mas que preguntarle con ahinco por su madre; pero asimismo, á pesar del daño que con sus preguntas le causaba el inocente sin advertirlo, sus caricias eran el bálsamo que cicatriza las llagas de su pecho.

Sentado en un sillón, puesta una pierna sobre otra, cruzados los brazos, la cabeza levemente inclinada sobre el pecho, se pasaba don Juan las horas mirando á su hijo, que jugaba á sus pies con sus muñecos, infantiles y caballos de plomo, hablando solo y entreteniéndose en romperles á unos los pies, á otros los brazos, á otros el cuerpo ó la cabeza. Una melancólica sonrisa vagaba por los labios del hidalgo, y llevado de un arranque de ternura, le cogia de repente y le besaba con delirio... él era su único consuelo y alegría.

¡Ay! ¡si alguna ventura goza el hombre
Está encerrada en el amor de un hijo (1)!

En cuanto á la ausencia de Emirene, pasó inapercibida, gracias á lo que ella indicó á sus amigos la noche de la partida.

En una ciudad populosa nadie se acuerda de nadie trascurriendo una semana: se puede hacer una escursion á la China y estar de vuelta, sin que ninguno eche de menos al ausente, aunque al tornar á verle se manifiesten muy solícitos por informarse de cómo le fué en el viage, si se divirtió mucho, qué tal le pareció el pais, etc., preguntas tontas y superfluas, cuando no tienen por lo comun otro objeto que satisfacer la estúpida curiosidad del que las hace. Mejor seria que los tales curiosos tratasen de procurarse los informes por sí mismos, á costa de su pellejo y de su bolsillo, en vez de importunar y empalagar al prójimo.

Al espirar el segundo mes, Flores, juzgando que su hija estaba bastante castigada intentó ablandar á don Juan: el tenaz castellano le recordó sus promesas, y le convenció que el mayor sacrificio que podia hacer por la felicidad futura de su esposa, era vivir separado de ella.

—Dios solamente sabe, añadió con el mayor abatimiento, lo que yo sufro. No hay una hora del dia en que no la tenga presente: no hay un momento en que no desee verla, abrazarla, hacerla olvidar á fuerza de ternura y atenciones, lo que ha padecido... pero ¡ay! ¿de qué serviria cuanto hemos hecho si ella conoce que todo ha sido una farsa? No ¡no!... mi propósito es inquebrantable... no la veré hasta el dia de su cumpleaños....

—Largo es el plazo, replicó Flores dolorosamente.

—Es el único pretexto, continuó su amigo aparentando no haberse fijado en su exclamacion, es el único pretexto razonable para justificar el perdon que le otorgaré, fingiendo echar un velo sobre el pasado sin meterme en mis especulaciones.

Y en verdad que no menta al espresarse de esta manera: sus ojos hundidos, su semblante cadavérico, la indolencia, el quebranto, el disgusto, retratados hasta en sus menores ademanes, indicaban el estado lastimoso de su salud y de su ánimo.

Penetrado Enrique de la fuerza de sus razones, no volvió á insistir, y se contentó con enviarse las cartas que le escribia continuamente Emirene.

Don Juan se las devolvía sin leerlas.... tenia miedo de arrepentirse y revocar su sentencia.

La lucha que sostenia consigo mismo era una lucha á muerte, y amándola tanto, rayaba en heroica y sobrenatural.

¡Si! heroica y sobrenatural: porque todo en su casa contribuia á traerle á la memoria su recuerdo á todas horas. ¡Y cuántas veces en el jardín, al divagar por sus estensas calles, se detuvo lleno de tristeza ante los árboles en cuyo tronco habia ella grabado sus dos nombres, ó descansó en la glorieta, en las fuentes, en la gruta, en la cascada y en cuantos parages recorrian juntos diariamente, en época mas feliz! ¡Cuántas veces al caer la tarde, penetró en el pabellon y se sentó en la otomana en que ella solia sentarse, examinó el paisaje y los tirantes que estaba concluyendo para él, recorrió la cartera de los papeles y dibujos, abrió el album y descolgó su retrato de la pared para contemplarlo de cerca y besarlo con pueril embeleso! ¡Cuántas veces en las altas horas de la noche, entró en la solitaria alcoba de su esposa, y se recostó en su lecho

y lloró de rabia, de descos y de desesperacion, al sentir en sus hinchadas venas hervir la sangre, enardecida por el suave perfume de sus cabellos que aun conservaban las almohadas, ó por esos elluvios voluptuosos que se respiran en la habitacion de una muger querida!

Por fin lució el venturoso dia señalado para el perdon. Flores llegó al convento en busca de su hija, con el objeto de conducirla á los brazos de su esposo, despues de haberla preparado para este paso.

Ya he dicho que Emirene al sentir el ruido del coche que se paraba á la puerta, se dirigió á su encuentro acompañada de la abadesa.

Nada diré de la alegría de ambos; hay cosas que se sienten y no se esplican ni pueden explicarse. La mas bella descripcion es pálida é incompleta á su lado.

El padre y la hija permanecieron abrazados largo rato, como si volviesen á verse despues de una ausencia de algunos años. El primer pensamiento de Emirene fué para su hijo, el segundo para don Juan.

—¿Y Serelar?... preguntó, apenas su padre respondiera á la primera interrogacion relativa al niño.

—Vive.
—¿Vive?
—Sí.
—¿No ha muerto?
—No.

—¡Ah! continuó la tierna cuanto desventurada jóven, levantando los ojos al cielo con sublime espresion de reconocimiento; ¡gracias! ¡gracias! Dios mio! ¡sea él feliz y vengon todos los males para mí!

El exceso de su dicha la abrumaba, ya se habia habituado á la idea de que don Juan no existia: tal vez por eso se dispó al punto su alegría, y pensó que acaso su padre la engañaba.

—No, eso no es verdad, repuso, yo sentí en aquella noche, ¡noche horrorosa! yo sentí en la pieza inmediata el estallido de una pistola.... ¡Mi esposo no existe!

—Pronto te desengañarás, contestó Flores sonriéndose con dulzura para inspirarla confianza.

—¿Pues cómo se ha salvado?

—Muy fácilmente: tenia dos pistolas en la mano con intencion de suicidarse; solo esperaba que Yuca golpease el tabique por segunda vez, señal convenida para significarle que ya el veneno habia producido su efecto. Sin saber como, se le disparó una al amartillarla, y cuando preparaba la otra entró el esclavo y se la arrebató.

—¿Ese negro es su ángel tutelar!

—Yuca, que estaba en combinacion conmigo, le descubrió entonces que no habia cumplido sus instrucciones....

—¿Y qué dijo él al saberlo?
—Se exasperó, gritó y amenazó en vano á su salvador, que al cabo consiguió aplacarle prometiéndole justificarte.

—¡Pobre Yuca! ¡murmuró Emirene enternecida, y yo que le creia traidor!

—Su buen corazon le sugirió esta idea, continuó Enrique siguiendo impertérrito, el tejido de embustes con que estaba engañando á su hija;—y yo, que cuando me separé de tí, en vez de irme á la casa de campo habia entrado secretamente por la puerta falsa del jardín; mientras él hablaba con tu marido te traje aqui en un coche que tenia preparado.

—¿Y don Juan está convencido de mi inocencia? ¿habeis cumplido mis últimas instrucciones?

—¡Ay! no ha querido escucharme ni leer las cartas del marqués ni las tuyas.

—¿Por qué no habeis insistido?

—Triste y silencioso nada respondia á mis argumentos, y me volvía la espalda en cuanto empezaba á hablarle de tí.

—¡Oh! es muy testarudo.

—Recien ayer he conseguido que se preste á mis reiteradas instancias.

«Si necesito creer que es inocente, me dijo, el tiempo y su conducta futura me lo probarán. Yo la perdono, y olvidaré cuanto he sufrido si en adelante se muestra digna de mi cariño. Hazla entender que he corrido un velo sobre el pasado, pero tambien dile que le pongo por única condicion, que no me hable jamás ni una palabra de esto... que no pretenda justificarse.... renovaria las heridas de mi corazon sin cicatrizarlas. Asegúrala que no abrigo el menor resentimiento... pero que si otra vez me engaña, no encomendaré á nadie mi venganza.... ¡yo mismo la mataré!»

—Padre mio, respondió Emirene con dignidad mezclada de tristeza, conozco el caracter de mi marido, y sé que cuando se empeña en una cosa, es imposible conseguir que mude de dictámen; pero convendreis conmigo en que su conducta, en esta ocasion, es poco cuerda y razonable.

—Tus escrúpulos me admiran....

—No, yo no debo aceptar el perdon que me ofrece sin justificarme. Eso seria confesarme tácitamente culpable, y no lo soy, no, en el sentido que él piensa.

—Tú debes hacer lo que te dice tu padre, replicó el anciano con faz severa; demasiado generoso es don Juan....

—No os incomodeis, padre mio, contestó Emirene resignada; estoy dispuesta á hacer cuanto de mí se exija, aunque es muy doloroso....

Y se detuvo, como temiendo aumentar el fingido enojo del autor de sus dias.

—¿Que es muy doloroso? preguntó Enrique siempre con el mismo aspecto grave y severo.

—Es muy doloroso vivir al lado de una persona

(1) Breton. La pluma prodigiosa.
(2) Don Andrés Lamas. Canto á la muerte de R. Yarela.

(1) Garcia Gutierrez. Simon Bocanegra.

TIPOS INDIOS Y ORIENTALES.



Nerou, jefe de las islas Masacres.



Cesion del distrito de Matavai a los misioneros ingleses.



Aguadores indianos.



Nadir-Chab



ORTGA.

La lectura del Alcoran.



Aguador mejicano.



Soldados albaneses



El rey de Bousa.



Un paseo en palanquin en la India.



El Tchauch-Bachi en traje de gala.



Basquire.

quien se ama, con la duda horrible de que solo por compasion parte con nosotros su hogar y su lecho.... horrible, añadió Emirene con creciente exaltacion, pasar por criminal no siéndolo; leer en los ojos de su esposo a la menor sospecha, justa ó injusta, un reproche acompañado de desprecio, una amarga acusacion de un delito que no se ha cometido!.....

—Emirene, repuso el anciano revistiéndose de toda la severidad de que era capaz, tú has faltado moralmente á tus deberes y no tienes derecho para quejarte. ¿A quién esperabas en casa de doña Luperca? Si conforme fué don Juan, hubiera sido el marqués, ¿qué sería de tí, desgraciada?

La jóven esposa bajó la cabeza confundida; acababa de sostener la última lucha de su orgullo con su razon, saliendo victoriosa esta; Enrique continuó:

—Sé dócil, trata de infundir confianza á tu marido, y todavía podrás ser feliz.

—¿Confianza?... si, bonito es Serelar para olvidarse de lo que una vez se le clava en la frente.

Acompañó Emirene estas candorosas palabras con un gesto sumamente espresivo: meneó la cabeza, arqué levemente las cejas, y empujó hácia adelante el labio inferior, fija la vista en las manos, entrelazándose los dedos y volviendo en silencio á mover la cabeza una y otra vez, como si quisiera decir á su padre:

—Vd. no le conoce, es muy porfiado, y me costará mucho trabajo y mucho tiempo vencer sus cavilaciones.

Toda la gravedad de Flores se vino al suelo con aquel gesto; y con un aire jovial y una sonrisa mal reprimida que contrastaba con su anterior aspereza, exclamó:

—Mira, buena alhaja, no debía decírtelo, pero todavía te quiere mucho tu marido, y con cuatro zalamerías y caricias volverás á recobrar el dominio que antes tenias sobre él. ¡Pero cuidado, hija mia! no abuses otra vez de su ternura.... en un arrebato de celos es capaz de asesinarte, añadió con énfasis pasando de repente del tono jocoso al serio.

—¡Oh! no llegará ese caso, respondió ella, me he corregido para siempre de mi loca vanidad. Ya no quiero ser amable, ni bella, ni tener talento, sino para mi marido. En estos seis meses, mis propias reflexiones y los maternales consejos de sor Angela, me han hecho comprender mis deberes de esposa, y una dolorosa experiencia me ha enseñado hasta donde puede arrastrar á una muger virtuosa un momento de irreflexion. Solo siento las murmuraciones del mundo....

—El mundo nada sabe, todos te creen viajando conmigo.

—¡Ah! ¡padre mio! cuanto os lo agradezco. Decidme.....

—Ahora vamos á ver á tu esposo que nos espera impaciente, repuso Enrique interrumpiéndola, en casa hablaremos.

Despidiéronse de la abadesa, que abrazó á su educanda, recomendándola por tres veces que no olvidase aquella leccioncita y que viniese á verla de cuando en cuando, siempre que el espíritu maligno volviese á tentarla.

El recibimiento de don Juan fué de lo mas tierno y poético que puede imaginarse.

Estaba en la sala aguardándola; al llegar á la puerta la linda ex-claustrada se detuvo, tímida y vergonzosa, sin atreverse á entrar: su padre alzó la voz para anunciar su venida, y el hidalgo salió á recibirlos.

Emirene sin mirarle, se echó á sus pies pidiéndole perdón; él la levantó al punto, la abrazó, la trajo á la sala, y hubo lágrimas y abrazos y besos, y sollozos y caricias y suspiros.....

¡Es tan dulce despues de una larga ausencia, ó de una reyerta volver á hacer las paces, cuando las partes beligerantes desean ardientemente (solo por amor á la humanidad, no al número uno) poner término á una guerra desastrosa que arruina el comercio y hace retroceder á las naciones y á los individuos en el camino de la prosperidad y de los adelantos positivos!.....

Recuerdo con este motivo unos malhadados versos que escribí en 1843 para un amigo mio.

Voy á citar de ellos tres estrofas y media, por la relacion que tienen con la situacion de nuestros héroes, el lector puede figurarse que don Juan se las dice á Emirene.

Pude en aquellos momentos
De frenético de delirio,
Dar á tu amor un martirio
Que acaso no mereció:
Pude tal vez olvidado
De tu angelical ternura,
La imágen de tu hermosura
Romper con mis manos yo.
Estaba loco, perdona.
Dulce vida, encanto mio,
En mi ciego desvarío,
¡Ay! ¡perjura te creí!

¡Quién sabe! nuestros azares
Secretos son del Eterno,
Que no debe un pecho tierno
Para siempre recordar;
Nubes son que se amontonan
En el mas hermoso cielo,
Para despues en el suelo

Sus lágrimas derramar.

Y escllanto misterioso
Que en la tierra se desliza,
De nuevo la fecundiza
Y le da mas robustez;
Como esos mismos pesares
Que hoy devoran nuestra alma,
Cuando renazca la calma
Nos darán nueva embriaguez.

Pasados los primeros momentos, Emirene preguntó por su hijo, don Juan tocó del cordon de unas de las campanillas, y se presentaron doña Manuela con el niño y Flores, que se habia retirado cumpliendo con el undécimo.....

La literata habia sido informada por su hermano de lo acaecido, y aprobado todo. Solo no se conformó con no ver á su sobrina; pero como ignoraba donde estaba, no pudo salirse con la suya. Tomó algunas rabe-tas, chilló, y lloró, pero ellos como si tal cosa, siguieron adelante con su plan. La señora, alucinada por el excesivo cariño que profesaba á Emirene, los hubiera sin duda comprometido.

El lector se hará cargo de la satisfaccion y alegría de todos, y especialmente de la jóven esposa que, en un mismo dia, recobraba á su marido, á su hijo y á su familia. Lástima grande que tanta felicidad estuviere acibarada por el recuerdo de la muerte del marqués; á pesar que ya no le amaba, sentia remordimientos por haber causado su desgracia, y obligado á su esposo á cometer un crimen.

Ese dia, dia de su cumpleaños como queda apuntado, se festejó su llegada con una espléndida comida de familia.

Al caer la tarde Enrique y su hermana se despidieron: ya estaban de mas y estorbaban.

Los dos esposos bajaron al jardin.

Emirene apenas hablaba; don Juan no se cansaba de mirarla: ella bajaba los ojos y respondia con breves palabras á sus preguntas.

Asi dieron algunas vueltas y se detuvieron en aquella fuente donde seis meses antes, se paró Emirene con el marqués para entregarle la llave.

Su marido con toda intencion, prestando que queria ver los pececillos, la habia llevado por alli.

Emirene permaneció en silencio, fijos los ojos en el cristal de la fuente, y sus pálidas mejillas se animaron con un ligero tinte purpúreo, al fijarse en el cenador donde esa misma noche, al través de las hojas, vió dos ojos centelleantes y encendidos como dos brasas que la observaban.

Leyó el castellano en la espresiva fisonomía de su compañera, los angustiosos pensamientos que la preocupaban, y creyendo llegado el instante oportuno para hablarla de lo que deseaba, la dijo:

—Quiero, Emirene, que conserves, como recuerdo de este dia, el anillo que faltaba al aderezo que te regalé el dia de mi santo.

Y sacándose del dedo meñique el solitario del marqués, se lo presentó.

Conoció Emirene al punto á pesar que le habian achicado el aro para que le viniese bien, y volvió la cabeza y estendió la mano como rechazando semejante presente, que le parecia bañado en la sangre de su dueño.

—Hazme el gusto de tomarle, replicó don Juan con acento imperativo, quiero que lo conserves como un recuerdo de nuestro venturoso pasado, como el emblema de nuestra reconciliacion.

—¡Ah! Serelar, exclamó ella con amargura, ese anillo es el del infortunado....

El nombre del marqués espiró en sus labios.

—Eduardo, añadió el ofendido esposo, completando la frase con una mirada en la que se confundia á la vez el enojo con la piedad, los celos con el amor, la severidad con la indulgencia; si, es el de Tedarra y por eso quiero que lo conserves toda tu vida.

—Si tú lo mandas te obedeceré, contestó Emirene humilde y resignada; pero te aseguro que no es necesario. ¡Oh! estoy bien escarmentada.

—Siento acabar tu alegría con ingratos recuerdos; pero sin que dude de tu sincero arrepentimiento, deseo que esta sortija sea un talisman misterioso que te preserve de volver á caer en la tentacion.... Su vista sola te traerá á la memoria toda una historia de infortunio y pesares.... Con que asi, acéptala, querida esposa mia, como el mejor presente que puedo hacerte el dia de tu cumpleaños.

Emirene exhaló un suspiro y tomó el anillo en silencio.

—Todavía duda de mí, se dijo; he perdido su confianza, fuerza es prestarse á cuanto quiera para recobrarla....

—Ten la bondad de leer la inscripcion, añadió don Juan viendo que se lo iba á poner.

Fijó ella la vista en la parte interior del solitario y leyó: 24 de junio de 1798. 1.º de enero de 1799.

—Te debo este sacrificio, dijo poniéndoselo en la mano derecha, enjugándose alguna lágrima que enturbiaba el resplandor de sus brillantes pupilas, mas brillantes que la magnífica piedra que fulguraba entre sus dedos de marfil,—y me conceputaré feliz si consigo de este modo disipar tus injustas dudas....

Serelar la abrazó y volvió á asegurarla que no era por espíritu de venganza que se empeñaba en esto, sino por un capricho, por una preocupacion á la cual se ligaba el reposo de su vida en adelante.

No me es posible, lectores míos, y lo siento en es-

tremo, contaros todo lo que despues aconteció; lo que si puedo aseguraros es, que el tratado de paz se canceló, firmó y ratificó esa misma noche, puesto que nueve meses despues, don Juan tenia un nuevo heredero de su nombre, segun los informes que he recibido posteriormente del doctor don Teodoro Miguel Villardebó, médico de la casa, pariente mio, y sugeto muy recomendable, como hombre de ciencia, como particular y como amigo.

CAPITULO X.

Esplacon.

Tambien para el marqués sonó la hora de la misericordia, de toda la misericordia que era razonable tener con él.

Los informes de Yuca eran altamente satisfactorios. El prisionero se habia prestado á cuanto se le habia exigido, ya contestando á las cartas de los revolucionarios en el sentido que se le indicaba, ya manifestándose arrepentido de sus calaveradas, y dispuesto á seguir en todo las órdenes de don Juan.

La debilidad física y los padecimientos morales habian quebrantado aquella naturaleza rebelde, aunque el orgullo y el ansia de vengarse dormitaban en el fondo de su alma, alietargados pero no estintos, como el fuego en un mixto inflamable, que se convierte en llama, apenas el roce de un cuerpo extraño rompe la corteza que le mantiene oculto.

Dos dias despues de la reconciliacion con su esposa, el hidalgo pasó á verle por vez primera, con el objeto de estipular las bases bajo las cuales pensaba ponerle en libertad.

Aquellos dos hombres, que parecian nacidos para labrar su comun desgracia, volvieron á encontrarse frente á frente y á contemplarse de nuevo, como dos vigorosos atletas antes de recomenzar el combate.

Los dos se admiraron de verse tan demudados: una misma desgracia habia grabado en su frente el mismo sello.... pero solo don Juan tuvo piedad de su rival.

—Eduardo, le dijo, puesto que estás pronto á aceptar las condiciones que quiera imponerte, segun me ha informado Yuca, vengo á ponerlas en tu conocimiento.

—Hablad, contestó él con fingida mansedumbre, pasaré por todo; mas sed lacónico os ruego....

—¿Pasarás por todo?

—Sí.

—Pues escucha.

En primer lugar es preciso que empieces por firmar estas letras de cambio, por las cuales apareces como deudor de la mitad de tus bienes.

—Señor, exclamó Tedarra sorprendido, nunca, nunca creyera á no verlo, que pretendieseis aumentar vuestra colosal fortuna, prevaleiéndos de la triste posicion en que me encuentro.

—No es para mí, repuso el generoso castellano con un gesto de desprecio; ese dinero serviría para fundar un hospicio: ya que has hecho tanto mal á la sociedad es justo que tambien le hagas algun bien. Yo por mi parte, contribuiré igualmente á esta obra de caridad.

Indefinible espresion de ira se pintó en el rostro cadavérico del de Araure, que trató en vano de disfarzarla respondiendo con aparente resignacion:

—¿Para qué la mitad de mi fortuna?... tomadla toda... de ese modo me allanaréis el camino y me abrireis las puertas del cielo, añadió con un sarcasmo que no se escapó á la perspicacia de don Juan.

—Tal vez convendria asi, repuso este; pero Yuca me ha asegurado que estás completamente mudado, que eres otro hombre, y no quiero desviarte de la senda del bien. El que ha nacido en la opulencia y no sabe lo que son trabajos, es muy difícil que sea virtuoso si de repente se ve reducido á la miseria.

—Dicen que á todo se acostumbra uno.... cuando no hay otro remedio.

—¡Holal veo que el cautiverio ha modificado mucho tus ideas sobre este particular. No hace mucho tiempo me dijiste que cuando se te acabase el último peso, te darías un tiro y'Yáa deo. ¿Te acuerdas?

—Puede ser que lo dijese.... lo que es hoy pienso de otro modo.

—Asi sois vosotros los calaveras, mientras estais en la prosperidad muchas baladronadas, y cuando llega el caso hasta careceis de dignidad para sufrir....

—Dice un refran que del dicho al hecho va mucho trecho, contestó el marqués con el mismo tono de ironía; y como vos no deseais mi perdicion....

—No, tengo piedad de tus veinte y ocho años, respeto en tí la memoria de tu padre. Decidete pues, ¿firmas ó no?

El de Araure bajó la cabeza como irresoluto, el sacrificio que se le exigia, era inmenso; pero por fin se decidió.

—Dadme las letras, dijo, yo no soy hombre que me hecho atrás una vez empeñada mi palabra.

Presentóle don Juan los papeles y él los firmó.

—Espero que con esto quedareis satisfecho y no me exigireis mas sacrificios.... añadió, devolviéndole los documentos sin leerlos; bien caro me hacéis pagar un momento de sin'levraio.

—Dios es testigo que no pretendo vengarme, continuó el hidalgo con acento solemne, Dios es testigo que me propia seguridad y la voz de mi conciencia me mandan desterraros para siempre de América.

Perdió el marqués su sangre fria al oír esta terrible sentencia, y fuerza de si gritó desesperado:

—¿Qué!... ¿todavía os parecen poco los vejámenes, violencias ó insultos que me habeis prodigado? ¿Qué! ¿todavía os parecen poco el robo escandaloso que acabáis de hacerme?

—¡Silencio!... ¡miserable!... respondió el ultrajado esposo con voz terrible, recordando involuntariamente sus agravios al oír semejante apóstrofe.—¿Yo ladrón? ¿yo que contigo es inútil ser generoso. ¡No! yo no puedo fiarme de tí, eres capaz de asesinar me como un villano. Escoge: ó haces lo que te digo, ó mañana te pongo á disposición de los tribunales.

El recuerdo del verdugo produjo un efecto mágico en el altivo prisionero, que cayó de rodillas, inclinó la cabeza y cruzó las manos, no permitiéndole su orgullo pedir misericordia de otro modo.

Don Juan le obligó á que se levantara y continuó de esta manera:

—Así viviré yo tranquilo y tú no seguirás conspirando contra tu legítimo soberano.

—¡Mal rayo te aniquile! murmuró Teddarra ahogándose de cólera.

—Esta noche te embarcarás en uno de mis buques que te llevará al punto de España que tú escojas. Cada quince días escribirás á mi corresponsal de Sevilla, indicándole el punto donde te hallas. Por ningún pretexto podrás salir de la Península, aunque si variar de residencia dentro de ella. Yo seré el administrador de los bienes que te quedan, los cuales, manejados por mí se doblarán en poco tiempo.

—Queréis reducirme á la impotencia, gritó furioso el desventurado proscrito, á la nulidad de poderes hacer el menor daño; queréis tenerme siempre en vergonzosa tutela, para gozaros en mi ruina á la mas leve sospecha de que pretendo romper la cadena de ese humillante pupilaje mil veces mas odioso que la muerte!... ¡Ah! eso es atroz, inicuo, infame!.

—Y como te creo capaz de comisionar á alguno para que me envenene ó asesine, prosiguió impasible el castellano, depositaré todas tus cartas y demas documentos relativos á la conspiración, en manos de un íntimo amigo mio, para que los entregue al virey no bien me suceda algo que dé margen á sospechar algun afectuoso recuerdo tuyo.... Escuso prevenirte que al punto tus bienes serán patrimonio del fisco, y declarado tú reo de lesa magestad. ¡Ay de tí si llega ese momento! ¿á dónde irás que no te alcance la espada de la justicia?...

—¡Oh! el infierno le ha inspirado esa venganza, pero yo no me suscribiré á ella! dijo el marqués hablando para sí y olvidándose que no hacia diez minutos habia pedido compasion de rodillas.

—Tu me conoces.... nada mas tengo que decirte. Si la Providencia en sus juicios impenetrables, no hubiese traído á mi poder esos documentos, no hubieras salido de aqui hasta mi muerte. Hoy he variado de resolución.... ¡quiero que te vayas lejos, muy lejos! ya lo tengo todo dispuesto y corriente; si no quieres irte, mañana te trasladarán á la cárcel pública entre cuatro soldados....

—¡No! ¡no! partiré, exclamó Teddarra con viveza, hija del terror que le ocasionaban á su pesar las amenazas de su amigo; partiré; y luego, como avergonzado de este primer movimiento, repuso dejando caer los brazos abatido y anonadado:

—No es la muerte lo que temo, sino el cadalso.

Tal vez sería así; pero casi me inclino á creer que lo que temia era la muerte; como los que chillan cuando les quitan el empleo, y dicen que no lo sienten por el turrón sino por el desprecio; como las que confiesan que desean casarse, no para tener quien las contente, sino para no quedarse para tías ó para vestir santos; como los que contraen segundas nupcias, y aseguran que no lo hacen por ellos sino por sus hijos; como los que se tienen las canas, y se empeñan en que traguen la pamema de que lo ejecutan por aseo, no por parecer mas jóvenes; como los que escriben para el público y afirman que se esponen á la crítica, á la maledicencia, á los malos ratos, á las mil pejuetas que trae consigo el inconveniente de ser autor, solo por distraerse, ó hacer algo útil en obsequio á su patria, no por el vil interés ni por satisfacer su vanidad.... Digo, ¿quién en los ilustrados tiempos que alcanzamos, se ocupa de semejantes fruslerías?

.....¿quien inclina al suelo, ojos nacidos para ver al cielo? (1).

Un buen destino, un marido, una tonta ó un tonto que carguen con factura agena, el frescor y vida de la juventud, la consideración y los bustos argentíferos que otorga el público al que sabe explotarlo ¿son cosas acaso que valen la pena de que estendamos la mano para recogerlas del suelo donde yacen, despreciadas y escupidas por todos?.... Solo algun pobre dominio dejado de la mano de Dios podría degradarse hasta ese extremo.

Escuchó don Juan la imprecacion de su amigo con el mismo escepticismo que yo las protestas de las candidas niñas de *saca*, las de los patriotas pagados con la mas negra ingratitude, victimas de la arbitrariedad etc.; las aseveraciones de los viudos retrecheros, como las de los viejos con pretensiones de muchachos, y las ampulosas letanias y declamaciones de los escritores filantrópicos, sin mas aspiracion que la gloria y el bien de sus semejantes.... y se persu-

dió don Juan, tal vez sin razon, que solo el temor de la muerte encadenaria la voluntad del marqués y le mantendria sumiso á sus preceptos. No quiso, por lo tanto, prolongar mas una entrevista harto penosa para los dos, y sobre todo para el desterrado, y se apresuró á alejarse, diciéndole por despedida:

—Yo me retiro, medita bien lo que te he dicho.... antes de media noche es preciso que estés resuelto. Yuca tiene mis instrucciones. Varía de conducta, cástate, y tal vez te permita volver á Lima dentro de algunos años. Adios.

Indeciso y atribulado, como un reo cuando le notifican su sentencia y le anuncian que se prepare para ponerse en capilla al otro dia, quedóse solo el de Araure.

Destilando por los ojos
El miedo del corazon (1),

inmóvil, anhelante, fija la vista en la puerta por donde acababa de salir don Juan y su acompañante....

Eran las cinco de la tarde cuando acació todo lo que llevamos referido.

El sol desapareció tras las montañas, y la noche, amiga de los desgraciados, vino con su sombra protectora á derramar su restaurador beleño sobre la frente del mundo fatigado.

El marqués, presa de mil pensamientos encontrados, contó una tras otras las siete horas mortales que mediaron entre la partida del hidalgo y la media noche.

A las doce y cuarto se presentó Yuca.

—¿Qué habeis determinado, señor? le preguntó.

—Resignarme á la fatalidad de mi estrella, respondió el prisionero ¿qué otro remedio me queda?

—Seguidme, murmuró el esclavo.

Dos caballos los aguardaban en el patio.

Montaron, partieron á galope, y antes de una hora estaban en la orilla del mar.

Un esquife, montado por seis vigorosos remeros, los esperaba: á poca distancia, iluminado por los posteriores rayos de la luna, un bergantín de graciosas dimensiones, acorada proa y elegante arboladura, se balanceaba como un corcel indómito, que obedece á su pesar á la brida que contiene su ardor.

Era el *Volador*, buque de la propiedad de don Juan, célebre en los mares del Sud por su extraordinaria velocidad y la rapidez de sus viages.

Oíase desde la playa el sordo y gutural murmullo que al levantar las anclas elevan los marineros, como despidiéndose de la tierra y evocando al genio de las tormentas, al Dios de los huracanes cuyas iras van á provocar en la inmensidad del Oceano.

Yuca y el marqués entraron en el esquife, quedándose uno de los marineros con los caballos hasta la vuelta del primero.

Cuando saltaron en el bergantín el negro hizo formal entrega al capitán de su recomendado, y se volvió á tierra.

Teddarra permaneció sobre la cubierta mirando el bote que, rápido como una flecha, conducía á la ribera á su mas encarnizado y terrible enemigo.—Sin su cooperacion, sin su audacia y astucia, Emirene hubiese sucumbido y abortado todos los planes de su esposo.

Las velas ya preparadas, cayeron á la voz del capitán, cubriendo al buque como una larga vestidura talar.

Pronto á impulsos de la brisa
Hinchó las lonas el viento,
Y en pausado movimiento
La nave, como indecisa
Veloz águila que tarda
En remontarse, partió:

primero perezosa y displicente, luego ágil y precipitada, rompiendo el cristal con la enhiesta proa y describiendo en torno de sí un doble círculo de espuma, que se convertia en blanquecino rastro, cuyas ondulaciones marcaban la huella de la ferrada quilla.

Apoyado el marqués en la popa veia desaparecer la tierra con ojos enjutos, si, pero oprimida el alma por ese dolor punzante, vago, desgarrador, sin nombre, dolor que solo sienten aquellos que abandonan su patria contra su voluntad,

.....y huyen de sus paternos lares
Cual hojas que se lleva sin rumbo el huracan (2)

Negro como la noche que le circundaba se le presentaba el porvenir: todas sus esperanzas de engrandecimiento se habian desvanecido, la ilusion mas bella de su vida era una quimera.... y sin ella no conocia que hubiese felicidad para él en el mundo.... ¡Ah! ¡bien castigado estaba! Descaba vengarse y se encontraba con los brazos atados, anhelaba satisfacer su desmesurada ambicion, y se veia imposibilitado de llevar adelante sus planes; amaba con una pasion volcánica á una muger, y estaba convencido que adoraba un imposible, porque aun cuando por cualquier evento volviese á Lima, nunca ella le perdonaria su desleal é infame proceder, la pérdida del aprecio de su marido, de su paz doméstica y de su reputacion....

Tornó el marqués á mirar la tierra que ya desaparecia entre las sombras, y agobiado bajo el peso de

(1) Zorrilla.—Los dos vireyes.
(2) Marmol.—El 25 de mayo.

tantos y tan dolorosos recuerdos, exhaló un suspiro, y para ocultar las lágrimas que se escapaban á sus ojos, puso el brazo en el antepecho de la cubierta, apoyó en él su frente y permaneció así largo tiempo embebido en sus reflexiones.

Aquellas reflexiones, aquellas lágrimas, aquella última mirada y aquel suspiro, se los arrancaba Emirene.... Ofensas, agravios, ambicion, sufrimientos, todo lo olvidaba, todo desaparecia ante el celeste resplandor, con que todavia como un astro de salvacion, radiaba en la lóbrega noche de su existencia la divina «ESTRELLA DEL SUD».

CAPITULO XI.

Fragments.

I.

¿Qué es una novela al gusto del dia sin fragmentos? lo mismo que una comida de campo sin vino, y por consiguiente sin borrachera; lo mismo que una olla podrida sin garbanzos ni chorizo; lo mismo que un guisado de mondongo sin salsa; lo mismo que una muchacha linda, sin gracia, sucia y sin vergüenza; lo mismo.... pero ahora reparo que

No me va bien un lenguaje
Tan de grados y corona,
Hablemos prosa fregona
Que en las orejas se encaje. (1)

II.

Una novela sin fragmentos en la época que alcanza es una aberracion, una anomalia, un anacronismo, un contrasentido ridiculo, y no se concibe, como no se concibe la libertad sin el orden, la creacion sin Dios, la poesia sin el entusiasmo, la fe sin la esperanza, la sed de gloria sin el aprecio de sí mismo; para que valga algo ha de tener irremisiblemente algunos, si no aunque lo mande quien lo mande, aunque lo diga quien lo diga, no puede ser buena. Será cuando mas un *gran naso in piccola faceta*.

III.

Allá van, pues, los siguientes fragmentos, que si estuviera de humor, desleiria en otros tantos capítulos: y el público bonachon se los tragaria, como se traga cotidianamente otras cosas peores, sin notar que se están burlando de él. Pero yo que á pesar de mis muchos defectos, tengo el mérito de la franqueza, le confesaré que si no le engañó á sabiendas es porque no me creo con talento suficiente para hacerlo, y que tocante á las novelas, cualquier chasco que le pase lo tiene bien merecido, en mi concepto, por su terca, extravagante y afrancesada prevencion contra todo lo que no es transpirenático. Como si solo en Francia supiesen escribir, y todo el talento, el genio, y la imaginacion, residiesen en la cabeza de Dumas, Sué, Koch, Sand y comparsa.

IV.

Antes de abandonar para siempre á los héroes de mi novela, debo informar á mis lectores de su vida posterior, no de su muerte, porque eso maldita la gracia que me hace. No me gusta ver morir á nadie. Además, yo quiero ser original en todo: por lo mismo que la mayor parte de los novelistas, se creen obligados á acompañar á sus personajes hasta el último momento, hasta que dan la postrera boqueada, yo me empeño en hacer lo contrario:

Y tales son de oposicion mis fuerzas
Que aunque sepa encajar un desatino,
Cuando otro dice nabos digo berzas (2).

Solo nuestro buen amigo, el señor de Araure, será una escepcion á la regla general. Empezaré por los mas insignificantes.

V.

El poeta.... miren vds. que casualidad, hablo de insignificantes, y se me ocurre acordarme de los poetas!.... El poeta, pues, siguió amando en secreto á Emirene, sin atreverse nunca á declararla su sincera pasion. La reserva y gravedad que desde su salida del convento adoptó ella indistintamente con todos, apagaron en su pecho hasta la mas leve chispa de esperanza. Pero siempre consecuente, fué un leal amigo, y con su conducta desinteresada, noble y pundonorosa, llegó á vencer la antipatia que le tenia don Juan, á disipar sus injustas prevenciones, á grangearse su aprecio y por fin, á ser su íntimo amigo.

VI.

Nada tengo que decir del conde y la condesa: genio y figura hasta la sepultura.

(1) Quevedo. Décimas sobre el estilo.
(2) Villergas.—Epistola á Príncipe.

VII.

El faramalla de Arturo, aquel tarambana para quien todas las mugeres (y en esto se parecía á.... muchos) solteras, casadas ó viudas, altas ó bajas, gordas ó flacas, necias ó sabias, buenas ó malas, viejas ó jóvenes, señoras ó frogatrices, eran de recibo; aquel calavera, terror de los maridos y espanto de las mamás, aquel enemigo acérrimo del matrimonio, acabó como todos....

Que no ha de ser el hombre cual la nave,
Que pasa sin dejar rastro ni seña,
Ó como en el ligero viento el ave (1).

A los treinta y dos años se casó con una hechicera morena de diez y seis; renunció á sus hábitos de libertinaje, fué un excelente esposo y la hizo muy feliz.

Generalmente los calaveras que no tienen mal fondo cuando se resuelven á entablar nueva vida, son muy buenos casados. Y la razon es evidente: los hombres que nacen con una afición desmedida á las hijas de Eva, tienen el órgano (de la amatividad) (aquí de las lecciones frenológicas de mi estimado amigo el señor Cubí) muy desarrollado; y por lo tanto necesitan á la fuerza, emplear en algo su febril actividad: de aquí resulta que cuando reconcentran en un solo objeto el fuego que antes malgastaban en veinte ó treinta, son veinte ó treinta veces mas afables, tiernos y amorosos que los misereros que no tienen tan eminentemente desarrollado el susodicho órgano....

Y paro aquí por lo grave
Del asunto, que si no
Hasta donde fuera yo....
Dios solamente lo sabe (2)

VIII.

Nadaal siguió empeñado en grangearse el aprecio de la condesa, que se reía siempre; y cuando una muger da en reirse á todo, en todo y para todo.... ¡Dios me tenga de su mano! casi se me escapa una locucion anti-parlamentaria....

Pilarcita acabó por encontrar muy amable y gracioso al que antes calificaba de zote de marca mayor (3). ¡Caprichos de mugeres! Dicen que Artemisa se enamoró de su caballo.

De mas está añadir que el usurero y agiotista continuó siempre celebrando contratos leoninos, como el que hizo con don Juan; pero Dios que á veces no aguarda á que se presenten en su tribunal para hu millar á los que proclaman que el oro es de la tierra dios, quiso que quebrase una fuerte casa de comercio, y le cogiese en la quiebra algunos miles de duros. Digno castigo de su insaciable avaricia, de su egoismo y de la dureza de su corazón. Otro tanto debia de sucederles á muchos de esos, que ostentan

Riquezas, influencias, y se venden
Por un puñado de oro todos juntos....
Y mientras con su sangre el pueblo compra
Su patria y libertad, quedan seguros,
Impávidos, mirando sus desgracias;
Y á la sombra de llantos y de lutos
Sin temor acrecientan sus caudales,
Sin escuchar siquiera el grito agudo
Que en sus dolores mil el pueblo lanza.
Pues si para librarle de verdugos,
Un peso se les pide, miserables,
Cierran ellos sus arcas con orgullo! (4)

IX.

Don Enrique y su hermana siguieron en la casa de campo, viviendo en buena armonía, salvó algunas pequeñas reyertas, motivadas siempre por el genio dominador de la segunda, que con los años empezaba á chochear y se habia vuelto mas intolerante y charlatana.

Como habia perdido la vista y ya no podia leer, se distraía explicando temas filosóficos y morales al negro capataz y á sus hijos, que huían de ella como el diablo de la cruz, apenas la divisaban desde lejos. Algunas noches se iba de paseo hasta el rancho, y aunque todos se dormían durante las explicaciones, ó desfilaban en silencio unos tras otros, quedándose alguno para alcanzarla el agua que pedía al concluir sus discursos, ella continuaba perorando dos ó tres horas, hasta que le faltaba el aliento, ó volvían los prófugos y la indicaban que era muy tarde y debia retirarse, porque el rocío de la noche le haría mal.

X.

El marqués llegó con toda felicidad á Málaga, punto que escogió para su residencia, y donde vivió algunos años, sumido en profunda melancolía.

El plácido cielo, la tibia y embalsamada atmósfera, las montañas que rodean aquella hermosa ciudad, el manso arrullo con que el mar besa su cintura, y hasta los hechiceros ojos, el talle esbelto, el reducido pie,

las formas artísticas, la gracia encantadora é inimitable de sus bellas hijas, todo le traía á la memoria á su cara América.

Frecuentemente se le veía, solo y meditabundo, subir al caer la tarde la elevada cuesta que conduce á la sien de Gibralfaro, y apoyado en las almenas tender los ojos al Africa vecina, como si buscara entre las brumas, doradas por los postreros reflejos del sol, las orillas del encantador paraíso que el inspirado genovés,

Audaz burlando la saña
Del mar airado y el viento,
Qual mugeril ornamento
Echó á los pies de Isabel (1).

Otras veces vagaba á caballo por los alrededores de la ciudad, siempre solo y engolfado en sus meditaciones, siempre con una idea fija, con un fatal recuerdo, de esos que al decir de Moore, anonadan; y que son como una pálida sombra igual con la tristeza ó en la alegría, á la cual la vida no puede añadir nada mas oscuro ni brillante, porque la dicha carece de bálsamo para ella y el dolor de aguijón.

One fatal remembrance, one sorrow that throvs,
Is bleak shade alike o' er our joys and our woes,
To which life nothing darker nor brighter can bring
For which joy hath no balm, and affliction no sting.

XI.

Nueve años trascurrieron, y el libertino desenfrenado, el audaz revolucionario no era ya ni sombra de lo que fué, cuando las huestes victoriosas de Napoleón invadieron la Península, y al grito de muerte ó libertad que lanzaban los dignos descendientes del Cid y de Pelayo, otro grito igual respondió como un eco atronador, allá en las opuestas riberas del Atlántico.

Tambien América queria ser libre, y reclamaba con las armas en la mano el derecho de constituirse como nacion.

El sentimiento de la venganza se habia casi apagado en el corazón del marqués, no así el de la ambición, que no estaba mas que aletargado. A las primeras noticias del alzamiento de las colonias, embarcóse en una fragata que salia para el Brasil, donde llegó á fines de 1808; de allí se trasladó por tierra á Corrientes (2) y de este punto pasó á Buenos-Aires en mayo de 1810.

Llegó á aquella ciudad justamente en los momentos en que se trataba de deponer al virey Cisneros, lo que se consiguió sin disparar un tiro.

El marqués contribuyó eficazmente á esta obra de caridad.

Cuando el general don Antonio Balcarcel salió de Buenos-Aires á batir á los realistas, él se alistó de voluntario y se cubrió de gloria en Cotagaita, el 27 de octubre de 1810: primera accion de armas en que los revolucionarios hicieron morder el polvo á sus dominadores: primera accion de armas en que

Los castellanos leones
Amilanados al fin (3),

huyeron y perdieron el renombre de invencibles que habian llevado por espacio de tres siglos.

Luego en Suipacha, Salta, Tucuman, Torota, Vilcapujio, Chacabuco y Cancha-rayada, se distinguió con mil hechos de valor y arrojo dignos del ilustre nombre que llevaba. Ultimamente, murió en Maipú como un héroe, el 5 de abril de 1818, al frente de un escuadron de caballería que mandaba.

Cogido entre dos fuegos por cuatro batallones realistas, se le intimó que se rindiera; pero él como otras veces, gritó ¡á la carga! y blandiendo su formidable lanza cabó de ébano, se lanzó con sus intrépidos gauchos, á traspasar aquella triple muralla de bayonetas.... ¡mas ay! antes que llegase á la primera fila,

Envuelto en sangre y humo
Cayó sin vida, y luego
En medio de las balas
Sobre un volcan de fuego,
Tendió sus rojas alas
El ángel de la muerte
Y aquel escuadron fuerte
De un soplo anonadó!
¡Cayeron, sí, cayeron
Sin doblegar la frente....
Héroicos sucumbieron
So la metralla ardiente,
Mirando su bandera
Y en su ánsia postrimera
Gritando: Libertad!

De trescientas plazas que contaba el escuadron apenas se salvaron diez ó doce hombres.

El general San Martín, que mandaba el ejército patriota, lloró al saber la gloriosa muerte de aquel puñado de valientes, y sobre todo la de su esforzado jefe, y ordenó que se les hicieran funerales y honores militares, y que se les alzase un monumento que reme-

morase á las generaciones venideras aquel grandioso cuanto espléndido hecho de armas.

Hoy, todavía se detiene el viagero con religioso recogimiento ante una humilde pirámide de piedra berroqueña con lápidas de mármol blanco en sus cuatro costados, cuyas letras gastadas por el tiempo y por la lluvia, dicen:

5 DE ABRIL DE 1818.

Aquí descansan las cenizas

de
trescientos americanos

muertos
por
defender las libertades
pátrias.

¡Vandante!

imita su ejemplo.

y en las demas el nombre de las víctimas, exactamente lo mismo que en el monumento que existe en Málaga en la plaza de Riego.

De este modo el marqués espí noblemente sus errores, se grangeó la estimacion y mereció los elogios de todos. ¡Es tan bello morir por la patria! Qué, ¿no se perdona al que cae combatiendo por una noble causa?... Perdonémosle tambien nosotros sus extravíos, como Dios se los habrá perdonado, y decid conmigo ¡oh lectores! ¡Séale la tierra ligera!... *Manibus date lilia plenis.*

XII.

Cuando el Perú, siguiendo el ejemplo de las demas provincias, se levantó contra la madre patria, el hidalgo se mantuvo neutral. Tal vez sus simpatías como español, eran por el triunfo de los realistas; pero tampoco desconocia que la conducta improvisora del gobierno de la metrópoli, la rapacidad de sus empleados, y los abusos y arbitrariedades á que estos se abandonaban impunemente protegidos por la distancia y el favor que gozaban en la corte, estaban clamando á grandes voces una reforma pronta y radical, como hoy ciertos ramos en la Habana por ejemplo (4) su neutralidad, sin embargo, no le libró de pagar sendas contribuciones á unos y á otros, pues los patriotas le tenían por realista, y los realistas por amigo de los americanos; pero todos le estimaban y respetaban, y no pocas veces los gefes de las tropas leales y los insurgentes, le señalaron como miembro para varias comisiones nombradas con el objeto de celebrar algun armisticio, empréstito, cange de prisioneros, etc. El se prestaba á sus deseos con la mejor voluntad y sin declararse por ninguno, servía á su rey y á sus amigos. Sus afecciones eran de España, mas sus hijos habian nacido en América, allí habia hecho su fortuna y encontrado consideracion y aprecio; no queria ser traidor á su soberano, pero tampoco oponerse ni favorecer las miras de los disidentes, y se mantuvo imparcial, obedeciendo al que mandaba y haciendo á todos el bien que podia.

XIII.

Yaca no se separó nunca de su amo; como un perro fiel le siguió á todas partes, y por no disgustarle se mantuvo tambien neutral, á pesar que todas sus simpatías estaban por los patriotas, y deseaba ardentemente, como la mayor parte de los de su clase, que los chapetones se fueran á su tierra y dejasen la agena á los que les pertenecia. Los esclavos esperaban con fundamento, que los declararían libres proclamada otra forma de gobierno, y no se equivocaban en sus cálculos. Hoy, podemos decirlo con orgullo, está abolida la esclavitud en casi todas las nuevas repúblicas, mientras en una gran parte de la Union anglo-americana subsiste todavía y se aumenta, que es peor.

XIV.

Emirene mostróse de dia en dia mas tierno, mas cariñosa, mas agradecida, mas anhelosa de merecer el aprecio de su marido: pensando solo en agradarle y disipar sus prevenciones, consiguió á fuerza de tesón y perseverancia dominar su genio y corregirse de su coquetería.

Siempre que se sentia dispuesta á corresponder á alguna lisonja ó afectuosa galantería de sus numerosos amigos con una sonrisa ó una mirada demasiado amable, fijaba sus ojos en el anillo, y esto solo bastaba para que su rostro, sin dejar de ser placentero, tomase una expresion reservada y digna que imponia respeto hasta á los mas atrevidos.

Don Juan no tuvo necesidad de recordarla nunca que le dijera el dia de su reconciliacion; y cuando se

(1) Sátira contra el matrimonio.
(2) Zorrilla.
(3) Vide el cap. II del tomo III.
(4) Mármol.—El poeta.

(1) Adolfo Berro.—Mañanas de estío.
(2) Provincia de la Confederacion Argentina, limitrofe con el Brasil.
(3) Echeverría.—Al 25 de mayo.

(4) Recomendado especialmente entre muchos libros que podría citar, el titulado, Isla de Cuba pintoresca; su autor señor Andueza, es español.

convenció por repetidas pruebas de que su lección había surtido el efecto deseado, es decir, cuatro años después, le descubrió todo, y le mostró también la carta de Arturo, padrón de su ignominia. Entonces conoció qué clase de afecto la profesó siempre Tedarra, y se dobló su arrepentimiento al ver por qué hombre había espuesto locamente su paz y ventura, la de su esposo, la de su hijo y la de su familia.

Antes de estas revelaciones ella estaba frecuentemente triste, y por más que hacia no podía ocultar su pesar: la idea de que su esposo creyese que había faltado á sus deberes la atormentaba; y á cada nueva demostración de cariño, á cada nueva prueba de su afecto sin límites, le insinuaba que no tenía mas sentimiento que el no poder probarle de un modo que no le quedase la menor duda, que solo por salvar su vida había resuelto entregarse al marqués, y que antes de esa noche ni con el pensamiento había delinquido.

Don Juan se sonreía, y pasándole la mano por sus sedosos y perfumados rizos, que se entretenía en deslucir mientras hablaba:

—¿Por qué recuerdas eso? le repetía cariñosamente, ya te he dicho que he borrado del libro de mi vida esos días ingratos: que el pasado no existe para mí, y que desde que volví á unirme contigo, te considero tan pura como el primer día de nuestra boda.

—¡Ah! contestaba ella cada vez mas triste, tú tienes muy buen corazón y á pesar de todo me quieres todavía; pero yo tengo ese sentimiento clavado en el alma, y me figuro que á veces creerás que te he engañado, y... que soy capaz de engañarte en adelante.

El amante esposo protestaba que no, la abrazaba, y para no descubrirla lo que no quería, se alejaba, suplicándole con las lágrimas en los ojos que no volviese á hablarle mas sobre el particular.

Pasaban dos ó tres meses y ella volvía al mismo tema, hasta que por fin, una tarde, día de su cumpleaños, don Juan, convencido íntimamente de su vez de arrepentimiento, y ciertísimo de que no tenía nada que temer en el futuro, le reveló su secreto.

Emirene Horó de alegría, tomó su mano y la llevó con pasión á sus labios, cuando supo que había estado oculto en la alcoba oyendo desde la primera hasta la última sílaba de su conversacion con el de Araucare; cuando supo que Yuca había presenciado la escena del gabinete.

—¡Ahora soy feliz! exclamó palpitante de gozo, trémula de satisfacción, ya no tendré este lento y punzante remordimiento que emponzoñaba todas mis alegrías y me hacia subir los colores al rostro cada vez que te veía pensativo y silencioso. ¡Oh! yo te consagraré mi existencia, y mi vida entera no bastará para pagarte lo que te debo. No, no te arrepentirás de la confianza que en mí depositas; no, no te arrepentirás de haberme querido tanto, de haber sido tan bueno, tan noble y generoso conmigo!...

—Persevera en el camino del bien, repuso el complaciente esposo muy conmovido de su entusiasmo, y si alguna vez te olvidas...

—Este anillo, continuó con el mismo fervor Emirene, interpretando su pensamiento, me lo recordará. Tenias razon en decirme cuando me lo diste, que era un misterioso talisman que debía preservarme de toda mala tentacion.

Los dos esposos se abrazaron, y desde ese día la nube mas ligera no vino á anublar el horizonte de su felicidad. Vivieron muchos años en envidiable paz y bienestar; en todas partes los citaban como modelo de ventura conyugal, y cuando se queria hacer mención de dos buenos esposos, al punto se nombraba á don Juan de Serclar y Villavicencio, EL BUEN HOMBRE, y á doña Emirene Flores de Valdelirios, LA ESTRELLA DEL SUD.

recuperarse de sus fatigas, lo que era de imprescindible necesidad. Espartero se hallaba á la sazón en Peñaranda, y para observar lo mejor Zaratiegui marchó con sus tropas á merodear por sus inmediaciones.

Hechos uno los dos ejércitos expedicionarios, las operaciones estaban ya subordinadas al general Moreno, y las cosas tomaron desde entonces un semblante muy diverso. Las tropas de Zaratiegui no habían dejado desde su salida de las provincias de recibir un solo día su racion ni de ser alojadas. Moreno comenzó su mando por once dias de campamento, por una completa inactividad, y por hacer experimentar á las tropas una falta de raciones extraordinaria. No nos extraña esto en el general de quien hablamos, siendo preciso dejar consignado el que ocasionó se apoderara de todos el mayor disgusto. El 14 de octubre se dió la accion de Huerta del Rey, de fatal recuerdo para las armas carlistas. Desiguales eran las fuerzas; pero aunque inferiores en número ostentaron las de Zaratiegui su valor y la mejor disciplina que tenían, comparada con las que habían estado con don Carlos. Abundante sangre costó á la causa de este principe la citada accion, viéndose obligadas sus tropas á regresar á Silos, de donde salieron á la mañana siguiente, exhaustos de cartuchos, hambrientos, descalzos, y sin repuestos de ninguna especie, con un gran número de heridos, y sin tener donde albergarlos, ni medicinas para curarlos.

En medio de tantas necesidades, la posicion del ejército carlista se hizo sumamente critica; á tantos males solo se encontró el remedio de dividir las fuerzas en dos cuerpos, subordinado enteramente el segundo al primero, que nominalmente mandaba don Carlos, teniendo al general Moreno como gefe de E. M. Del segundo fué nombrado don Sebastian, hasta entonces general en gefe, y Zaratiegui por su gefe de E. M. Las de los constitucionales comenzaron con el mayor vigor, á pesar de que embarazaba el considerable número de las fuerzas y la dificultad de racionarlas, en un pais sumamente quebrado y exhausto de recursos; esto hacia que las marchas fuesen lentas, dejando tranquilo al carlista, á quien hubiera podido derrotar completamente, atendido el estado en que iba.

¡Cuánto pudiéramos decir sobre el resultado de las expediciones! la de Zaratiegui, mientras obró por sí sola, ordenada, abundante y bien dirigida, habia dominado gran parte de las Castillas, desarmado nacionales y organizado muchos cuerpos; se le habían unido muchos voluntarios, y no habia hecho derramar mas lágrimas que las que forzosamente ocasionan los desastres de la guerra. Zaratiegui y Elio si venian con las armas, conquistaban siempre con su templada conducta. El desastre final de las expediciones puso en violenta agitacion los encontrados elementos que en ellos se abrigaban; en la de Zaratiegui para la organizacion política del pais habia marchado una junta llamada de Castilla, que antes de la salida ofreció recursos, influencias, y abundantes auxilios; pero que puesta á prueba nada hizo, y que en su lugar pretendió revestirse de un sumo poder, intervenir en toda clase de negocios, saquear el pais, formar empleados y llevar por todas partes el terror y la persecucion, creando no pocos embarazos y disgustos al general Zaratiegui. En la tal junta figuraban hombres nulos y desconocidos, pero intrigantes, y de los que formaba cabeza el P. Huerta, fraile agustino, de talento enredador, de ambicion innoble, de carácter discolo, y de ideas terroristas. Este, á la incorporacion con don Carlos, resentido de no haber visto cumplidas sus violentas pretensiones, y de no haber sido la persona directiva, apoyado en sus influencias, acusó y criticó las operaciones y hechos militares y políticos de Zaratiegui y Elio; presentóles siempre de acuerdo, dulces y considerados con los liberales, y señaló la falta de estermio como la sola causa de no haber logrado mas completos triunfos en Castilla. Zaratiegui y Elio fueron ya calificados por el partido estremado como unos ocultos semi-masones, opuestos al triunfo absoluto de don Carlos, en relaciones de composicion con la revolucion, y sin querer por eso destruirla del todo.

Vueltas ya las tropas á las provincias, y hallándose el general Zaratiegui acantonado en las inmediaciones de Peñacerrada, se dió el célebre manifiesto de Arciniega. Aunque poco á poco se le habían quitado las tropas que mandaba, destinándolas á diferentes puntos, hasta reducirías á algunos oficiales de E. M. y los asistentes, y aunque todo presagiaba que iba á ser acusado Zaratiegui ó se le formaban asechanzas, permaneció esperando los acontecimientos; y confiado en la rectitud de sus acciones se resolvió el 10 de noviembre á escribir una carta á don Carlos, que se hallaba entonces en Amurrio, y la mandó con uno de sus ayudantes de campo. Decia la carta: *Señor: yo sé, y todo me indica que hay una gran trama contra mí; pero tranquila mi conciencia estoy dispuesto á todo lo que sobrevenga: solo suplico á V. M. no me abandone á merced de mis enemigos y que en todo caso se me dé lugar á justificarme.*

En tanto que esta súplica tan honrosa y digna era entregada por el ayudante Vida, que lo verificó apostándose un día en que don Carlos volvía de misa, el general Vivanco, nombrado fiscal se presentaba en Zúñiga, y arrestaba á Zaratiegui. Este era el premio que don Carlos reservaba á sus mejores servidores.

Ya preso, le mandaron escoltado por un oficial y algunos caballos al fuerte de Arciniega. Durante la marcha el general se alojaba solo y sin guardia, de

modo que si hubiera sido criminal nada tan fácil como el fugarse. Los que le escoltaban le tenían mas respeto que si estuviesen sirviendo bajo sus órdenes: conocian de qué parte estaba la ingratitud y de cual la inocencia. El 18 de noviembre entró en Arciniega y estuvo incomunicado hasta el primer día de 1838! En febrero siguiente, habiéndose aproximado al fuerte las tropas constitucionales, reclamó del gobernador que le pusiera en salvo del peligro, pues debía de sufrir el riesgo de caer en manos de sus enemigos sin antes justificarse; entonces el gobernador le entregó su caballo, y Zaratiegui salió solo del fuerte con su asistente; estuvo dos dias en los pueblos que le acomodó, y luego que las fuerzas constitucionales se retiraron de la vista del fuerte, volvió á él Zaratiegui. Tal proceder no necesita comentarios; fuerza son sin embargo algunas esplicaciones. Sin duda se habrá admirado la condescendencia con que se le franqueó el caballo y la salida de la prision tan rigorosa que sufría, pero cesará la extrañeza al saber que los enemigos del preso, ó por mejor decir el gobierno de don Carlos, querian que se escapase á fin de tener uno sobre quien recayesen las aventuradas expresiones de la allocucion de Arciniega. Zaratiegui, pues debía estar completamente satisfecho y lleno de orgullo, y en verdad lo estaba, porque se trataba nada menos que de vencer á la Europa de que si don Carlos no habia entrado en Madrid y se habia visto obligado á volver á las provincias, no consistia mas que en algunos malos servidores. Verdad era esta en gran parte; y para hallar á los culpables habian de buscarse entre los consejeros de don Carlos y entre los que componian su córte, quienes se constituyeron en acusadores de Zaratiegui.

A principios de junio se celebró el consejo en Villareal de Zumarraga, no teniendo otro resultado para el general perseguido, que volverle á poner incomunicado.

Continuaba en tal estado, cuando el 27 de agosto de 1838 recibió en la prision una carta dirigida de parte de Espartero por el general Castañeda con el fin de atraerle al servicio de las armas constitucionales, como digno campeón de figurar en las filas de otra causa mas digna que la que defendia con tan ingrata recompensa, pero era tanta la nobleza del jóven carlista que rechazó las proposiciones y mandó la carta á don Carlos.

Tantas pruebas de lealtad eran recompensadas con la mas ingrata perfidia, y Zaratiegui continuaba preso en Arciniega, aunque con la satisfaccion de verse compadecido y amado del público y del ejército; todos se interesaban por él, personas á quienes ni aun conocia, se comprometieron hasta un punto indecible por salvarle y volverle á la gracia de don Carlos, distinguiéndose en particular todos los señores del pueblo. Pocos gefes del bando absolutista podian contar con las simpatias y afecciones con que contaba el jóven Zaratiegui: su noble y gallarda presencia, sus finos y elegantes modales, su amable trato y la dulzura de su carácter, unido todo á unos procederes tan nobles, era causa mas que bastante para que se le distinguiera de entre tantos á quienes les faltaba tan dignas dotes.

Maroto llegó á ocupar el mando del ejército, y su primera diligencia fué pedir la libertad de Zaratiegui: vanas excusas le entretenian y sus amigos en tanto que eran los mismos que los del preso, maquinaban la perdicion de uno y otro, tomando por instrumento á don Juan Manuel Balmaseda.

No era Maroto de esos hombres que se dejaba subyugar, y tratando de poner coto á las intrigas, tuvieron lugar los famosos sucesos de Estella, y entonces impuso la ley y exigió la libertad de Elio y Zaratiegui, cuya exigencia dió por resultado lo siguiente.

Real orden.—Ministerio de la Guerra.—Excmo. señor. Conformándose el rey N. S. con el parecer de letrados de su confianza, á quienes tuvo á bien consultar sobre la causa formada á los generales don Juan Antonio Zaratiegui y don Joaquin Elio, á consecuencia de los acontecimientos que tuvieron lugar en Castilla con la expedicion al mando del primero, y divergencia tan notable en los votos del consejo que para fallarla se celebró en las villas de Riaza y Villareal de Zumarraga, los dias 11 de mayo y 6 de junio del año próximo pasado; se ha servido resolver, que los citados generales Zaratiegui y Elio, sean puestos en plena libertad por no resultar contra ellos el mas ligero motivo para tan largo padecer y formacion de causa, y estando convenido el real ánimo tanto por lo que aquella arroja de sí, cuanto por lo informado particularmente por cada uno de los letrados consultados al efecto; es su soberana voluntad que la instruccion de dicha causa y la larga prision sufrida no les sirva de nota ni perjuicio en su carrera, y menos empañe su tan acrisolada lealtad, y que haciéndose pública su inocencia en la órden general del ejército; en el que se leará por tres dias consecutivos á la hora de la lista, reciban este público testimonio debido á su leal conducta vulnerada en la actuacion del referido proceso. —De real órden lo digo á V. E. para su inteligencia, satisfaccion de los interesados y puntual cumplimiento. —Dios guarde á V. E. muchos años. Real de Toñosa 18 de marzo de 1839.—Señor gefe de E. M. del ejército.

Indispensables son en este lugar algunas esplicaciones. El 7 de marzo, antes de la providencia que dejamos descrita, salió Zaratiegui de su arresto, y se le previno pasase á Mondragon á esperar de la resolucion de la causa, sobre la cual se habia consultado á va-

HISTORIA CONTEMPORANEA.

BIOGRAFIA.

DON JUAN ANTONIO ZARATIEGUI.

(Conclusion.)

No fueron en verdad los resultados de estos movimientos cuales pudieron ó debieron haber sido sin el desastroso acontecimiento de la fractura de la pierna del conductor, pues atrasada por este motivo la órden que prescribia tan acertada operacion, varió la faz de todas las demas, y con perjuicio suyo desaprovecharon la oportunidad de un golpe repentino que hubiera sido de grande trascendencia.

El cuartel general carlista se alojó en cuanto llegó á Aranda, en tanto que las dos expediciones reunidas seguian al general Lorenzo. Mandó llamar don Carlos á Zaratiegui y escuchó este al presentarse palabras sumamente honrosas para un militar. Pasado luego al alojamiento del general Moreno, que dirigia á la sazón las operaciones del cuartel general, salió el mismo Moreno á la escalera y le recibió entre sus brazos colmándole de los mas exagerados elogios. Acordado el movimiento que se debia hacer, y estando la tarde muy avanzada y el tiempo lluvioso, se dirigió al cuartel de don Carlos con las tropas que le habían acompañado á los cantones que se dispusieron donde podia

rios togados. Sus dictámenes pueden verse en los números desde el 1 al 5 inclusive en la parte documental, al fin de esta biografía.

El 18 se dió la orden citada, y llamado Zaratiegui al cuartel de don Carlos, á la sazón en Tolosa, recibió otras pruebas de pública reparación, absteniéndose de admitir cargo alguno ó mando á pesar de las instancias que se le hicieron. No podía, sin embargo, mantenerse en la inacción, como lo deseaba, y habiéndole ordenado que auxiliase al general en jefe don Rafael Maroto, se incorporó á su lado, en un pueblo de la Solana, junto á Estella, llamado Morentin. Pasados dos ó tres días, siguió Zaratiegui el movimiento del cuartel general, y le acompañó á Tolosa y demás partes donde este estuvo, durante cuyo tiempo le dió Maroto grandes pruebas de estimación y confianza, y Zaratiegui lo acompañó hasta que terminaron las operaciones y los sucesos de Ramales y Guardamino, si bien no tuvo otra parte que la de espectador.

Habiéndose retirado las tropas sobre la línea de Balmaseda, Zaratiegui solicitó y obtuvo de Maroto permiso para retirarse á Estella, cerca de sus parientes, por algunos días; pero al pasar por Durango, donde estaba don Carlos, se le pasó un oficio cuyo tenor era relativo á otro de Maroto, en que solicitaba del gobierno que Zaratiegui volviese.

No se hallaba este con tal ánimo, y en vista de las razones que espuso á don Carlos, le concedió una licencia temporal. Concluida volvió adonde estaba Maroto, y permaneció varios días á su lado, hasta que en vista de una reclamación que había hecho Elío después de la pérdida del puente de Belascoain, para que fuese Zaratiegui á encargarse del mando de Navarra, de orden de Maroto se dispuso aquel á pasar á dicho país.

Tuvieron lugar en esto las ruidosas ocurrencias del 5.º de Navarra, sobre las que hablaríamos estensamente á tener mas espacio, debiendo dejar aquí consignado como de suma importancia el que, al comunicar Zaratiegui desde su cuartel general de Etulain, la escandalosa, aunque insignificante deserción ocurrida la noche anterior en el 5.º batallón de Navarra, remitía al mismo tiempo la proclama que con este motivo dirigió á los habitantes del Baztan, la cual manifiesta franca y sencillamente el hecho y su origen. La proclama fué esta:

BAZTANESSES: «Cuando nos disponíamos á castigar noblemente con las armas al que llevando en su mano la tea incendiaria con que allanara los ópimos campos de la Solana, se preparaba á ejecutar lo mismo con los vuestros, unos cuantos voluntarios seducidos por un cobarde han abandonado las filas de la lealtad, huyen del campo de la gloria para cubrirse con la ignominia y baldon de los traidores.

«A vosotros, padres y hermanos de los seducidos, corresponde el desengañarlos: la patria lo exige: el rey os mira: y un compatriota vuestro que tantas veces partió los peligros y la gloria con esos mismos voluntarios, os llama y promete un olvido absoluto á los extraviados, no porque su presencia nos sea necesaria para contener y humillar á los revolucionarios, sino por evitar un disgusto á nuestro amado soberano, y que la Europa admiradora de nuestros extraordinarios hechos, no nos confunda con los mercenarios que se baten por oficio.

«Dios y el rey fueron siempre nuestra divisa; por Dios y por el rey solamente triunfaremos y sabremos morir.

«Cuartel general de Etulain 9 de agosto de 1839.—Vuestro general,

«Juan Antonio Zaratiegui.»

El 17 del mismo mes escribió Maroto á Zaratiegui desde Vizcaya mandándole presentarse en su cuartel general, entregando primero el mando de las tropas que tenía al jefe mas inmediato. Hizolo al momento é iba á incorporarse con Maroto, cuando sobre la marcha se le presentó el coronel don Emeterio Iturmendi y le dijo que tenía la orden de aquel general para arrestarlo y conducirlo adonde él estaba, pero que prefería avisárselo, y quedarse con él y seguir su suerte. En este estado Zaratiegui temeroso de alguna tentativa contra su persona se retiró con dicho coronel á un santuario solitario, y esperó los avisos de sus amigos. Salió al fin de allí para ir á ver á don Carlos en Vergara la mañana misma y pocos momentos antes de la célebre revista de Elgueta, y habiendo conferenciado largamente con él, salió de su cámara para retirarse nuevamente.

Verificado el convenio de Vergara, voló Zaratiegui

á ofrecer á don Carlos sus servicios, que aceptó gustoso y en su consecuencia se le dieron algunas tropas, con las cuales observó constantemente al enemigo, tanto de la línea de San Sebastián, como de la parte de Vergara. Colocado en Alegria de Cuipúzcoa, trabajó por atraerse algunas de las tropas que siguieron á Maroto.

Ya había llegado el brigadier Iturbe con su brigada á Ormaistegui y oficiado á Zaratiegui diciéndole que iba á incorporarse (fecha 31 de agosto), cuando el ejemplo dado en el alto de Descarga por el general Urbiztondo que mandaba los castellanos, introdujo la insubordinación en los de Iturbe y obligó á este á contramarchar. La desafección de las tropas estaba ya consumada: en cuanto llegó la noticia á la línea de Andoain, los guipuzcoanos que estaban allí siguieron el ejemplo de los de Iturbe; don Carlos entonces se retiró á Lecumberri, y Zaratiegui se acantonó en Arribas cubriendo así su retirada. Conforme avanzaban los constitucionales se retiraban los carlistas, y Zaratiegui que con algunos batallones se movía lentamente para dar mas tiempo al cuartel de don Carlos, se veía precisado á escaramuzar. Fué cuestión de un momento el esperar á las tropas de la reina sobre el puente de Belate, y después de haber pasado Zaratiegui en descubierto una noche sumamente lluviosa, comenzó el fuego con dos batallones, confiado en que don Carlos que estaba en Elizondo con doce, acudiría en su auxilio como se lo tenía prometido; pero no pudiendo los gefes hacerse obedecer, se vieron en la necesidad de retirarse sobre la misma frontera de Francia.

Zaratiegui replegó su gente que á lo mas ascendía á 800 hombres, y desde Ironiga, así que llegó la noche, se dirigió por la derecha enemiga á Burguete, atravesando una parte del territorio francés. Varias leguas lo separaban de los constitucionales, á cuya espalda estaba ya situado.

En Burguete había otros dos batallones carlistas, tres días estuvo esperando órdenes de don Carlos; pero este ya se había refugiado en Francia. Bastó esta noticia para que se desmoralizasen de todo punto los que estaban con Zaratiegui, aunque respetando siempre su persona: quedóse reducido á unos 200 hombres, y avanzando los constitucionales por todas partes en su contra, se vió obligado á buscar un refugio en el suelo extranjero, pudiendo decir con mucha verdad: *todo se ha perdido menos el honor.*

Efectivamente Zaratiegui marchó desde Francia á Italia: establecióse posteriormente en Turin, donde residió algun tiempo, y recorrió las mas bellas poblaciones de Italia, recibiendo en todas las mas finos obsequios de la buena sociedad italiana, como los recibió tambien de una gran parte de la aristocracia francesa que puso á su disposición sus elegantes quintas y suntuosos castillos, los cuales no eran bastantes para hacerle olvidar su patrio suelo, al que volvió anhelando aspirar el puro ambiente que mecía su cuna. Sin participar de nuestras contiendas políticas, goza hoy del buen concepto que ha sabido grangearse con su conducta; y los que fueron antes sus enemigos políticos le abrazan hoy con el cariño que inspira la digna y noble ingenuidad que le caracteriza.

Acordando últimamente sus paisanos elegirle su representante, lo hubiera sido, si consideraciones de noble desinterés, no le hicieran disuadir á sus electores, no le confiriesen un cargo que si bien le honraba mucho, no se creía en el caso de admitir.

A poco marchó á visitar nuestra encantadora Bética, el eden de nuestra península y en él continúa admirando lo mucho que tiene que admirar el privilegiado suelo de nuestras provincias meridionales. No viaja hoy Zaratiegui como el jefe expedicionario: viaja por instrucción y por recreo, y el que antes conquistaba poblaciones, conquista ahora el efecto de quienes le tratan; y quizá á estas horas habrá dado su mano á la señorita doña B. de Z. y que reúne á sus virtudes, el encanto de su presencia y de su trato.

DOCUMENTOS JUSTIFICATIVOS

como complemento de la biografía de Zaratiegui.

Núm. 1.

Dictamen del baron de Juras Reales 12 de febrero de 1839.

«En mérito, pues, de todo lo espuesto, soy de pa-

recer que V. M. sea servido mandar que los generales don Juan Antonio Zaratiegui y don Joaquin Elío, si algun otro se halla preso todavía por razon de esta causa, sean desde luego puestos en entera libertad sin que les sirva de nota la prision sufrida, y dignándose ademas V. M. hacer á su favor aquellas otras declaraciones, que son propias de la real munificencia de V. M., cuya importante vida guarde Dios muchos años.»

Num. 2.º

DICTAMEN DE DON PEDRO MARÍA DE ARCE.

6 de marzo de 1839.

«Juzgando por los méritos del procesado, mi dictamen es que V. M. dignándose declarar improbados los cargos que principalmente han servido para acusar á los mariscales de campo don Juan Antonio Zaratiegui y don Joaquin Elío, mándase sean puestos en libertad y declarando que la naturaleza de esta causa y su gravedad no manille ni perjudique el crédito honor y reputación militar que tienen adquirida los dos generales procesados, con lo demas que la soberana autoridad de V. M. tenga á bien resolver, atendida la larga y estrecha prision que han sufrido.»

Núm. 3.º

DICTAMEN DE DON MIGUEL UTEL Y VIELA.

7 de marzo de 1839.

«En cuya virtud y porque no probando el actor que es aqui el fiscal, debe ser absuelto el reo, me parece que los generales don Juan Antonio Zaratiegui y don Joaquin Elío deben ser absueltos de la accion fiscal y puestos en libertad, haciéndose pública en todas las provincias la declaracion de su inocencia para su demuinacion de su opinion con arreglo al art. 23, tit. 8.º de la ordenanza.»

Núm. 4.º

DICTAMEN DE DON CASIMIRO DE LA PIEDRA Y URRUTIA

8 de marzo de 1839.

«Concluyo diciendo, y me parece que es solo lo que parece responderse en el informe: que no siendo facti ni estando á mi alcance graduar de criminal (cualquiera que sea), porque su estrategia ó cálculo en el plan de operaciones no produzca los resultados que son de esperar, me abstengo y abstendré siempre de aplicar la definicion tan fea generalmente hablando.»

Núm. 5.º

DICTAMEN DE DON JOSÉ ZORRILLA CABALLERO.

«Teniendo ya en consideracion el resultado de proceso, la brillante hoja de servicios, y los ejecutados por los mariscales de campo don Juan Antonio Zaratiegui y don Joaquin Elío en favor de la causa de la legitimidad, soy de opinion que se les ponga en libertad y declare que la formacion de esta causa no puede ofender ahora ni en tiempo alguno su honor y acreditada conducta: que sean restituidos al ejercicio de sus grados militares y destinados por V. M. á servicio del ejército, en aquel que les creyese mas útiles y á propósito para que adquiriera nuevas glorias la causa que defendemos: que se les abonen las pagas que hayan dejado de percibir durante su prision hasta igualarse con los demas de su clase, y que por real órden del día se comunique esta sentencia para su notoriedad. Son copias.—José Tamariz.»

A. PIRALA.

Solucion del logogrifo inserto en el número anterior
LA MENTIRA SE DESCUBRE A LA CORTA O A LA LARGA.

DIRECTOR Y EDITOR F. DE P. MELLADO.

Establecimiento tipográfico, calle de Santa Teresa, nú.



ÍNDICE ALFABÉTICO

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

- Abem-Jumeja.—Alvarez Bohorques, por don Ubaldo Pasaron y Lastra, pag. 324.
- Aguas termales, pag. 240.
- Alcalá de Henares y su feria, por don R. Medel, pag. 276.
- Apuntes descriptivos é históricos de un viaje de Madrid á la Rioja, por don M. R. Ferrer, págs. 123, 215, 319 y 368.
- Argelia.—Descripción geográfica, páginas 39 y 55.
- Armería real de Madrid, pag. 50.
- Aticismo, por don F. Sepúlveda, página 159.
- Aumento de aguas á Madrid, por F. Nard, páginas 84 y 106.
- Banos, por F. Nard, págs. 175 y 179.
- Batalla de Vitoria, por A. Pirala, pag. 116.
- Batalla de las Navas de Esquiroz, pag. 239.
- Batalla de Hastings, por U. A., pag. 375.
- Biografía de Nicolás I, emperador de Rusia, por A. Pirala, págs. 3, 18 y 35.
- Biografía de don José Urrutia, por A. P., página 52.
- Biografía de don Tomás de Zumalacárregui, por don A. Pirala, págs. 83, y 107.
- Biografía de don José Nicolás de Azara, página 565.
- Biografía de don Juan Antonio Zariategui, por don A. Pirala, págs. 566, 574, 586 y 406.
- Boletín bibliográfico, pag. 237.
- Bosquejo sobre la poesía inglesa, por don S. Reaño, pag. 241.
- Brasil.—Los puris, pag. 93.
- Breves reflexiones acerca del coquetismo, por B**, pag. 256.
- Capa de ahorros de Madrid, por F. Nard, página 146.
- Cañales.—Reseña histórica de los mas importantes del exterior, págs. 54, 86, 110, 125, 154.
- Capilla y sepulcro de Enrique VII en la abadía de Westminster, por M. U. página 173.
- Caracteres morales.—Variedad de tipos y caracteres, por don I. A. B. pag. 185.
- Carreras de caballos, pag. 45.
- Carruages extraños, pag. 200.
- Causa seguida contra sor Patrocinio, monja, en averiguacion de los milagros que se atribuyen á dicha religiosa, por J. M. A., páginas 38, 62 y 69.
- Causa formada en 1841 contra el teniente general don Diego Leon, primer conde de Belascoain, por don F. P. de A., págs. 122, 141 y 150.
- Causa formada contra el brigadier don Gregorio Quiroga y Frias, á consecuencia de los sucesos del 7 de octubre de 1841, por don F. P. de A., págs. 173, y 206.
- Causa contra Juana de Arco, doncella de Orleans, por F. Nard, pag. 243.
- Causa célebre de Carlos I, rey de Inglaterra, condenado á muerte por sus súbditos, por F. Nard, pag. 326 y 349.
- Ceremonial de la consagracion episcopal de los obispos, pag. 14.
- Columnas, obeliscos y pirámides, por M. U., página 151.
- Consideraciones sobre el teatro (remitido), por don Carlos Rubio, pag. 147.
- Convenio de Vergara, por don A. Pirala, páginas 246, 271, 284 y 301.
- Costumbres.—Los ofrecimientos, por don Antolin Esperon, pag. 79.
- Costumbres españolas.—De los baños públicos y de las termas españolas, por don Basilio Sebastian Castellanos, pag. 203.
- Crítica literaria, Maria, corona poética de la Virgen, poema religioso de don José Zorrilla y don José Heriberto Garcia de Quevedo, por don Antonio Cánovas del Castillo, pag. 258.
- Cuatro catedrales en Inglaterra, pag. 251.
- De las Catacumbas, por F. J., pag. 172.
- Del Guano, pag. 213.
- Derechos de Puertas, su exaccion á las primeras materias.—Industria, por don F. N., pag. 12.
- Dictamen fiscal de la cámara de Castilla sobre el obispo de Leon, pag. 147.
- Don Pedro Sarsfield, por don A. Pirala, página 532.
- Douvres, pag. 197.
- El cardenal-ministro apaleado, por don A. Pirala, pag. 306.
- El conde de Oñalia, por A. P., pag. 124.
- El Ladrón de la corte, novela, por T. V. B., págs. 10, 26, 42, 58, 74, 90, 101, 117 y 158.
- El marqués de Valdespina, por don A. Pirala, págs. 251 y 254.
- El obispo de Leon, ministro universal de don Carlos, por don A. Pirala, pag. 140.
- El padre Guadalupe, por don A. Pirala, página 157.
- El palacio de Rambouillet, por F. S., página 509.
- El principe Schemseddin y la princesa Zoraida, cuento árabe por don J. M. Antequera, páginas 387 y 407.
- El puente del Espíritu Santo en el Ródano, pag. 204.
- El rayo, por M. V., pag. 202.
- El Tuzani, por don Ubaldo Pasaron y Lastra, pag. 269.
- Empleo de la sal en la ganaderia y labranza, pag. 255.
- Exposicion de pinturas, por B**, pag. 355.
- Estado general de las particularidades de las 17 medias corridas de toros de abono y 3 extraordinarias de la primera temporada de 1850, por don Ramon Medel, pag. 278.
- Felipe V y el Papa Clemente XII, por don A. Pirala, pag. 548.
- Filósofos y reformadores, por don V. A., página 135.
- Fisiología de las pasiones, por don Y. A. Bermejo, pag. 21.
- Fisonomía del Beso, pag. 249.
- Fragmentos monumentales, por A. V. y P., pag. 403.
- Gacetas devotas de la capital, págs. 15, 52, 48, 64, 80, 96, 112, 128, 144, 160, 176, 192 y 208.
- Globos aerostáticos, pag. 27.
- Gutta-perka, por F. Nard, pag. 77.
- Higiene pública.—De las alteraciones de la atmósfera y medios de corregirlas, páginas 13, 78 y 159.
- Historia de la Semana, págs. 1, 17, 33, 49, 65, 81, 97, 113, 129, 145, 169, 177, 193, 209, 225, 257, 273, 289, 305, 331, 353, 369, 385 y 405.
- Historia natural.—El lobo negro.—El búballo.—El linco.—El gloton del Norte, pag. 71.
- Hojas de flores marchitas, poesía, por don Vicente Sainz Pardo, pag. 287.
- Ibiza, por don F. R. y V., pag. 571.
- Indostan, pag. 528.
- Isla de Capri en el golfo de Nápoles, por don Francisco de Paula Figueras, pag. 404.
- Juntas de Guernica, págs. 29 y 47.
- Kosato: el pie negro: fragmento para escribir una historia, por don F. de Ased, páginas 4 y 20.
- La actriz, págs. 522, 402 y 417.
- La aldea de Eden, pag. 349.
- La batalla de San Quintin, y el real sitio de San Lorenzo, pag. 239.
- La Estrella del Sud, novela original de don Alejandro Magarinos de Cervantes, páginas 250, 266, 273, 291, 314, 330, 338, 358, 378, 390 y 410.
- La feria de Sevilla, pag. 12.
- La Grecia y la crisis europea, por A. P., página 67.
- La muger, por I. B., pag. 167.
- La novia de aldea, pag. 157.
- La primavera, poesias de don José Selgas y Carrasco, por J. Martinez de Villergas, páginas 354 y 379.
- La princesa de Asturias, págs. 213 y 254.
- La sota de espadas, novela, pag. 182 y 194.
- Las islas Canarias, por M. U., pag. 100.
- Las plagas de Egipto en Madrid, por Alejandro Magarinos Cervantes, págs. 159, 171, 186, 198, 209, 226, 260, 282 y 298.
- Los zapatos de Toribio, cuento por I. A. Bermejo, pag. 304.
- Marina.—Un navio de linea inglés, página 212.
- Martin Lutero, pag. 132.
- Medio de apagar sin agua los incendios, página 164.
- Modas, pag. 82, 178 y 386.
- Monumentos funerarios de los templos ingleses, pag. 109.
- Mosáico, págs. 15, 52, 47, 64, 79, 96, 112, 127, 160, 191, 207, 223, 240, 256, 272, 304, 320, 356, 352, 368 y 384.
- Movimiento teatral, por B**, pag. 238.
- Navas de Tolosa, 16 de junio de 1212, por don A. Pirala, pag. 163.
- Noticia histórica de los santuarios de San Felices de Avalos y Nuestra Señora de la Piscina, pag. 56.
- Noticias históricas; decreto de una reina, página 4.
- Noticias judiciales, causa del editor responsable del periódico el Guia, pag. 71.
- Obras públicas; carretera de Valladolid á Calatayud, pag. 144.
- Otros procesos formados á consecuencia de la sedicion militar del 7 de octubre, por don Francisco Pareja de Alarcon, pag. 229.
- Pasta piedra, pag. 212.
- Proceso histórico de los Templarios, por J. M. A., pag. 94.
- Puentes colgantes, pag. 77.
- Recuerdos de un viaje en Portugal, por S. P., por don A. Esperon, pag. 148.
- Reflexiones acerca de los escritos fantásticos.—El cuento.—Escenas orientales, pag. 7.
- Reptiles.—Culebras, por E. de B., página 117.
- Reseña histórica sobre las órdenes militares, por R. Medel, págs. 44, 60, 99, 222 y 238.
- Revelacion de los sentimientos y de las cualidades internas por medio de la fisonomía, por don J. M. Antequera, págs. 572 y 573.
- Revistas de Madrid, por don J. M. Antequera, págs. 2, 17, 34, 49, 65, 82, 98, 114, 162, 193, 290, 305, 521 y 553.
- Revistas de teatros, por don J. M. Antequera, pag. 2, 34, 150, 146, 257, 290, 357, 354, 569 y 385.
- Revistas bibliográficas, págs. 51, 116, 189, 204, 221, 242 y 302.
- Revista de Paris, por don J. M. Goizueta, pag. 150.
- Santa Maria Magdalena, por don D. Menendez Rayon, pag. 181.
- Si ó no, novela, págs. 154 y 164.
- Sobre el descubrimiento de huesos de elefante en las inmediaciones de la ermita de San Isidro, pag. 223.
- Sobre el coquetismo, por F. Nard, página 277.
- Suiza.—Neufchatel, pag. 507.
- Tancarville (Sona interior), pag. 13.
- Telégrafos eléctricos, por F. Nard, pag. 55.
- Tipos y caracteres de Madrid, por don J. M. de Antequera, pag. 355.
- Toros, por A., pag. 5 y 66.
- Tribunales estrangeros.—Causa célebre, página 50.
- Un amigo como hay muchos, pag. 310.
- Un paseo por la Suiza, por U. A., pag. 87.
- Vanidad literaria, pag. 214 y 243.
- Vingés de Italia.—Pisa, por el conde de Fabraquer, pag. 68.
- Viages, Italia, por don Francisco de Paula Figueras, pag. 500.
- Zapadores.—Bomberos de Paris, pag. 61.



ÍNDICE DE LOS GRABADOS.

BELLAS ARTES.

Bajo relieve de las siete edades de Shakespeare, pág. 404.
Batalla de Arcola, segun un bajo relieve, página 104.
Columna de Bolonia, 152.
Columnas, Alejandrina, Vandoma, Trajana, Antonina, Pompeya, pág. 155.
Estátua de Corneille, pág. 509.
La novia de aldea, copia del cuadro original de Greuze, pág. 157.
Obelisco de Lugsor, pág. 152.
Obelisco á la memoria de Bichat, pág. 155.
Pirámide cerca de Vienne, pág. 152.
Porcion de vidrieras del siglo XIII, sacada de la catedral de Chartres, pág. 105.
Sarcófago descubierto en Burdeos, pág. 105.
Sepulcro de Newton, pág. 109.
Toma de Alejandria, segun un bajo relieve, pág. 104.
Tribuna de la iglesia de Santa Magdalena en Troyes, pág. 105.

COSTUMBRES.

Congreso de Servia, pág. 1.
Correo ruso, pág. 201.
Danza entre los pueblos de la Rusia menor, pág. 552.
Molino de trigo en Argel, pág. 41.
Quien bien te quiera te hará llorar, pág. 272.
Un anciano y una doncella del canton de Soleure, pág. 87.

ESCENAS DE LA VIDA POSITIVA.

Cuestion interesante, pág. 52.
Cuestion pacífica, pág. 80.
Vida matrimonial, pág. 176.
Otra, pág. 16.
Otra, pág. 64.
Otra, pág. 96.
Otra, pág. 208.
Otra, pág. 256.
Otra, pág. 520.
Otra, pág. 556.

ESCENAS DE NOVELA.

Aben-Humeja se pone á la cabeza de los montes, pág. 524.
Escenas orientales, I, II, III, IV, V, VI, VII, VIII, IX, X, XI, págs. 8 y 9.
La caballería castellana persigue á los fugitivos de Tijola, pág. 269.
El principe Schemseddin y la princesa Zoraida, diez grabados, págs. 288 y 389, y otros diez, págs. 408 y 409.

HISTORIA.

Antigüedades, ocho grabados, págs. 544 y 545.
Armadura de Francisco I, pág. 51.
Conquista de Inglaterra por Guillermo, página 576.
El carro de Jaggatha, pág. 201.
Gabinete de estudio de Lutero, pág. 415.
Ruinas de la casa de Juana de Arco, página 244.
Suplicio de Juana de Arco, pág. 245.

HISTORIA NATURAL.

El aspid, pág. 120.
El búfalo, pág. 72.

El bufo de Guyana, pág. 512.
El gloton del Norte, pág. 75.
El linco de la Laponia, pág. 75.
El lobo negro, pág. 72.
El manzano de Eva, pág. 192.
Golondrina del mar de los Incas, pág. 515.
Halcon vencedor del huron, pág. 512.
La boa adivina, pág. 120.
La bojubi, pág. 120.
La cenozo, pág. 120.
La culebra de cascabel, pág. 120.
La daboye, pág. 120.
La harpa de América, pág. 515.
La ibiava, pág. 120.
La molura, pág. 120.
La nasica, pág. 120.
La rosario, pág. 120.
Los combatientes, pág. 515.
Pájaro mosca safó, pág. 512.
Pájaro mosca, pág. 512.
Papagayos.—Los kakatoes, pág. 515.
Rupicol verde, pág. 515.

INDUSTRIA.

Coches portugueses, Natria rusa, carruaje de vapor de Mr. Church, pág. 200.
Maniobra de la escala, pág. 61.
Mina de cobre en Batallach, pág. 215.
Puentes de Tarnac, de Bercy, de la Roche Bernard y de Cubzac, pág. 77.
Saco de salvacion, pág. 61.

LOGOGRAFOS.

Páginas 16, 52, 48, 64, 80, 96, 112, 128, 144, 160, 192, 208, 224, 240, 256, 272, 304, 520, 556, 552, 584, y 404.

MISCELANEA.

Aghaliques, pág. 56.
Ajustes de actores, pág. 288.
Bandidos árabes, un dey y un bey, barbería en Argel, pág. 57.
Caprichos de la moda, tres grabados, página 48.
Carro de buyes, portugues, pág. 201.
Carta general de Argelia, pág. 40.
Cruces de las órdenes militares, diez y seis grabados, págs. 45 y 60.
Escenas de la vida pedestre, pág. 224.
Finlandeses, pág. 201.
Fisiología de las pasiones, diez y ocho grabados, págs. 24 y 25.
Fisonomía del beso, diez grabados, págs. 248 y 249.
Globos aerostáticos, trece grabados, páginas 28 y 29.
Gran baile dado en el colegio de Argel, en honor del mariscal Bugeaud, pág. 56.
La coqueta de noche y en el balcon, pág. 239.
La coqueta en la reja, pág. 237.
La Magdalena, pág. 181.
Modas, pág. 504.
Revista de Madrid, diez y ocho grabados, págs. 114 y 115.
Rompimiento de dos coquetas rivales, página 237.

NAUTICA.

Navio de guerra ingles, pág. 212.

RETRATOS.

Abd-el-Kader, pág. 41.

Buckingham, pág. 281.
Carlos I, pág. 281.
Cromwell, pág. 281.
Daniel Webster, pág. 97.
Dofter, pág. 156.
Don José Nicolás de Azara, pág. 565.
El canceller Russell, pág. 280.
El cardenal Cisneros, pág. 277.
El cardenal de Retz, pág. 280.
El conde de Oflalia, pág. 125.
El conde de Bedford, pág. 281.
El coronel Nardoni, pág. 225.
El duque de Palmella, pág. 145.
El emperador Nicolás, pág. 4.
El general Changarnier, pág. 97.
Gerónimo de Praga, pág. 137.
Kant, pág. 136.
Kitchy, pág. 21.
Kosato, pág. 5.
Lamarine, pág. 55.
Locke, pág. 156.
Lord Chatham, pág. 109.
Luis XIII, pág. 280.
Mad. Chevreuse, pág. 280.
Maquiavelo, pág. 157.
Montaigne, pág. 156.
Mr. Roebuk, pág. 145.
Nostradamus, pág. 137.
Pascal, pág. 156.
Washington, pág. 157.
Zumalacárregui, pág. 84.

VIAGES.

Baños de Cestona y de Arechavalea, página 180.
Gruta de Paris, pág. 93.
Interior de un café en Argel, pág. 41.
Lapon viajando á la luz de una aurora boreal, pág. 200.
Pasajeros y feriantes con direccion á la feria de Sevilla, pág. 12.
Ruinas de Tiro, de Burgos, del castillo de Crequi, de la Abadia de Mortemer, de la antigua metrópoli de Cambrai, de Persépolis, de Cartago, del antiteatro de Arles, págs. 264 y 265.
Viage por las montañas de Guipúzcoa, anti-guamente, pág. 201.

VISTAS.

Aldea de Eden, pág. 549.
Amsterdan, pág. 298.
Antigua parroquia de San Felices de Avanos, pág. 56.
Arbol de Guernica, pág. 29.
Bahía de Villette, pág. 297.
Bedjapur, pág. 329.
Calle real de Corfú, pág. 362.
Castillo de Tancarville, pág. 15.
Castillo de San Anton en la Coruña, página 216.
Castillo de Castellote, pág. 216.
Castillo de Guevara, pág. 216.
Castillo de Butron en Vizcaya, pág. 216.
Castillo de Alba de Tormes, pág. 216.
Castillo de Morella, pág. 216.
Castillo de Simancas, pág. 216.
Castillo de Bellver, en Palma, pág. 216.
Castillo de Tarascon, pág. 217.
Castillo de Bayardo, pág. 217.
Castillo de Nantonillel, pág. 217.
Castillo de Anteville, pág. 217.
Castillo de If, pág. 217.
Castillo de Anuey, pág. 217.
Castillo de Viviers, pág. 217.

Catedral de Rochester, pág. 252.
Catedral de Exeter, pág. 252.
Catedral de Lichtfield, pág. 255.
Catedral de Worcester, pág. 255.
Catedral de Zamora, pág. 594.
Catedral antigua de Lerida, pág. 391.
Catedral de Palencia, pág. 594.
Catedral de Oviedo, pág. 394.
Catedral de Lugo, pág. 594.
Catedral de Autun, pág. 595.
Catedral de Rhohez, pág. 595.
Douvres, pág. 197.
El Capitolio de Washington, pág. 561.
Gruta de Carli, pág. 528.
Hamburgo, pág. 298.
Iglesia de San Martin, en la Cité de Londres, pág. 595.
Hudwart, pág. 329.
Interior de la catedral de San Pedro en Levais, pág. 595.
Isla de Tenerife, pág. 100.
La aduana de Londres, pág. 577.
Neufchatel, pág. 308.
Orillas del Saona.—Isla de Sarba, página 297.
Pisa, vista general, pág. 68.
Puente de Friburgo, pág. 88.
Puente del Espiritu Santo sobre el Rhodano, pág. 204.
Puente nuevo de Londres, pág. 577.
Santa Maria de la Piscina, pág. 57.
Tarsis.—Cidno, pág. 561.
Templo de Boro Bador, pág. 528.
Templo subterráneo de Elora, pág. 561.
Torre de Guillermo, pág. 576.

TIPOS.

Aideana del canton de Vaud, pág. 88.
Barbero ambulante, pág. 404.
Comerciante en cristalería, pág. 56.
Doncella de Schwitz, pág. 89.
Doncella de Timor, pág. 168.
Georgiana, pág. 169.
Hombre despreocupado, pág. 185.
Hombre aprensivo, pág. 185.
Hombre meditabundo, pág. 185.
Hombre reflexivo, pág. 185.
Hombre simple, pág. 185.
Hombre soberbio, pág. 185.
Islandesa, pág. 168.
La orquesta al aire libre, pág. 334.
Lechero del valle de Klouthal, pág. 89.
Mendiga irlandesa, pág. 169.
Muger del canton de Underwald, pág. 168.
Muger de Kamtchatka, pág. 168.
Muger de Astrabad, pág. 169.
Muger de Persia, pág. 169.
Muger de Iemen, pág. 169.
Muger humilde, pág. 184.
Muger suspicaz, pág. 184.
Muger coqueta, pág. 184.
Muger observadora, pág. 184.
Muger activa, pág. 184.
Muger indiferente, pág. 184.
Polaco y polaca, pág. 168.
Reina de la cosecha del Lúpulo, pág. 168.
Revelacion de los sentimientos y de las cualidades internas por medio de la fisonomía, diez y ocho grabados, págs. 375 y 375.
Señora china, pág. 169.
Sirvienta de los baños de Ifoffers, pág. 8.
Tipos indios y orientales, once grabados, páginas 412 y 415.
Tipos y caracteres de Madrid, nueve grabados, págs. 556 y 557.



